

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación

Revista Virtual

“La verdad no nos garantiza la paz, pero sí nos conduce a ella”:
gemelos Mejía Esquivel

El Hospital de la Paz para
víctimas de violencia sexual:
el sueño continúa

Yadirys Pérez y Ana María
Montoya: el dúo dinámico de las
víctimas del Urabá Antioqueño

La búsqueda incansable de una madre:
27 años de dolor y esperanza por la
desaparición de su hijo

“Nosotros vivíamos tranquilos hasta que
llegó el conflicto armado”:
Marleny Gómez, la lideresa de Salamina

“La mejor medicina para mí es
ayudarles a los demás”, dice
víctima y lideresa de Amazonas

Ni la tierra, ni las mujeres
somos territorio de conquista



La artista Evelin Murillo expuso esta
pintura durante el Encuentro de
Participación Social con víctimas del
conflicto armado en La Dorada, Caldas.
La exposición se llamó “Ni la tierra, ni las
mujeres somos territorio de conquista”.

Dirección UIA

Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección Revista Virtual UIA

Jairo Alfonso Barón Hernández

Redacción e investigación

Jairo Alfonso Barón Hernández

Paola Hernández Peñuela

Libardo Cardona Martínez

Margarita Barreneche Ortiz

Luisa Robayo Acevedo

Laura Valentina Rodríguez Montoya

Ximena Bernal Ortiz

Mónica Julieta González Valcarcel

Diana María Rojas Cabrera

Fotografía

Laura Valentina Rodríguez Montoya

Geraldinne Puentes Camacho

Leidy Suárez Buitrago

Luisa Robayo Acevedo

Diseño y diagramación

Diego Alba Patiño

Colombia

2025



Contenido



*La búsqueda incansable de una madre:
27 años de dolor y esperanza por la
desaparición de su hijo*

Página 2



*“La verdad no nos garantiza la
paz, pero sí nos conduce a ella”:
gemelos Mejía Esquivel*

Página 8



*“Nosotros vivíamos tranquilos hasta que
llegó el conflicto armado”:
Marleny Gómez, la lideresa de Salamina*

Página 12



*El Hospital de la Paz para
víctimas de violencia sexual:
el sueño continúa*

Página 16



*“La mejor medicina para mí es ayudarles
a los demás”, dice víctima y lideresa de
Amazonas*

Página 22



*En La Escombrera los
forenses desentrañan
verdades del conflicto*

Página 26



*Yadirys Pérez y Ana María Montoya:
el dúo dinámico de las víctimas del
Urabá Antioqueño*

Página 30



*“Todas las historias de las víctimas
impactan nuestra forma de pensar
diaria sobre el conflicto”*

Página 34



*Voces que tejen la verdad: los Encuentros
Territoriales de la UIA llegan a todos los
rincones de Colombia*

Página 38



*En el tercer trimestre del 2025 los grupos
territoriales de la UIA continuaron su trabajo
en pro de las víctimas y la construcción de paz*

Página 44

La búsqueda incansable de una madre: 27 años de dolor y esperanza por la desaparición de su hijo



“Cuando me soñé con mi hijo, cuatro días después de que lo desaparecieron los paramilitares, supe que ya no iba a volver”, dice Clara Rosa Gómez Acosta.

Clara Rosa Gómez Acosta, una mujer de 75 años originaria de La Dorada, Caldas, ha vivido más de un cuarto de siglo marcada por la ausencia de su hijo Juan Carlos Triviño Gómez, quien desapareció el 29 de septiembre de 1998 en circunstancias que apuntan a la violencia paramilitar de Colombia.

En una entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones (GRECO) de la Unidad de Investigación de la JEP, doña Clarita relató cómo un encargo aparentemente inofensivo –seguir a una mujer infiel– desencadenó una tragedia que la obligó a huir de su pueblo y a dejar atrás a su familia y a la tierra donde nació.

Ella es la segunda de 10 hermanos, creció en La Dorada y se ganaba la vida con la venta de ropa, principalmente para niños y caballeros.

Su actividad de comerciante la realizaba en diferentes poblaciones del Magdalena Medio de Caldas, Antioquia, Cundinamarca y Boyacá.

A los 18 años, en 1968, conoció al padre de sus hijos, con quien tuvo dos varones: John Jader, nacido en 1970, y Juan Carlos, en 1971. Asegura que siempre vivió de forma sencilla, hasta que la violencia le arrebató al menor de sus hijos.

De eso hace ya 27 años y en todo este tiempo ha ido de aquí para allá en busca de respuestas por el paradero de su hijo. Respuestas que aún no llegan.

Esto fue lo que dijo en la entrevista con el GRECO, durante el evento de Participación Social que encabezó el director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, en La Dorada:

¿Siempre vivió en La Dorada?

No, a mí me tocó emigrar casi 15 años por asuntos de desplazamiento, a raíz de que me puse a investigar por la desaparición de mi hijo y entonces me amenazaron. Entonces me tocó irme para la Costa con mi esposo.

¿Qué fue lo que pasó con su hijo?

Mi hijo Juan Carlos ya tenía una familia conformada, con un niño y una niña. Él trabajaba como conductor. Es decir, lo buscaban como conductor los finqueros. A ellos les gustaba que él los transportara. En esos días, cuando él desapareció, estaba prácticamente sin trabajo.

¿Cuándo ocurrió?

Eso fue en septiembre de 1998. Él se había caído y se había fracturado un codo y por eso estaba sin trabajo. Entonces un señor lo contrató para ir a la finca. Ese señor ya murió. Pero él, en esa época, contrató a mi hijo para que siguiera a una señora porque ella le había sido infiel.

¿Qué le dijo a su hijo por ese encargo que le hicieron?

Yo le rogué, le supliqué, que no hiciera eso, porque eso era peligroso. Él no me quiso hacerme caso. Me dijo: *“No, mamá, yo ahí me voy a ganar una plata. Me dieron una moto y un teléfono”*. El celular que le dieron era uno de esos como una panela, de los de esa época. Pero no valió que le rogara que no hiciera eso.

¿Qué hizo su hijo?

Mi hijo siguió a la señora esa, hasta que se dio cuenta de que ella entró a un motel con un tipo y entonces llamó al que lo había contratado y le contó. Ese señor vino y les hizo un escándalo en el motel.

Yo le dije: *“Se acordará de mí que el señor ese perdona a la esposa, vuelve con ella y usted es el que va a quedar mal”*. Y salió todo lo que yo le dije a mi hijo. Como a los dos meses lo desaparecieron.

¿Quién?

Los paramilitares.

¿Y por qué hicieron eso?

Por eso de la infidelidad, por haber descubierto a la señora esa.

¿Cómo fue el episodio de la desaparición?

Ese mismo señor que lo contrató llamó un día a Juan Carlos y le pidió que lo llevara a la finca. Le dijo: *“Camine y me acompaña”*. Ese fue un martes, el 29 de septiembre de 1998. Antes de irse, Juan Carlos me dijo: *“Mamá, le recomiendo a la niña, para que usted vaya y la saque del colegio. Va y la recoge en la guardería”*. Mi hijo se fue con ese señor para la finca y en la noche me llamó para recomendarme que no se me olvidara estar pendiente de la niña.

¿Luego qué ocurrió?

Yo esperé que regresara al otro día, el miércoles 30 de septiembre, como él me dijo. Por la noche la mujer que él tenía me dijo que sí había venido a donde ella trabajaba y que luego había pasado por la casa a dejar unos limones y un queso que había traído de la finca.

Que luego se había ido a entregarle el carro al señor ese. Pero la ruta por donde él pasaba era por los lados donde yo vivía y a mí se me hizo raro que no hubiese entrado, al menos, a saludar a la niña, porque él la adoraba. Se llegó esa noche y no apareció; el jueves, tampoco.

Cómo son las cosas cuando uno tiene un presentimiento. No sé, ese jueves me dio como un desdoblamiento del cuerpo, algo que no puedo explicar. Eso me empezó una fiebre. Inclusive, por la noche me tocó irme de urgencia para el hospital, pero no me encontraron nada.

¿Usted qué hizo?

El viernes, al ver que no aparecía mi hijo, me fui y busqué a ese señor y él me dijo que se habían despedido y que le había dicho a mi hijo: *“Cascarita’ (así le decían a mi hijo, apodo que heredó del papá), lo espero el sábado para que me lleve a la subasta de ganado”*.

Entonces me fui a preguntar a donde él había dejado el carro, que era ahí por los lados del parque. Un señor me contó que mi hijo, después de parquear el carro, se fue caminando por la calle, como si fuera en contravía, y dicen que se cruzó con una camioneta que lo recogió y ahí desapareció.

¿Lo buscaron?

Lo busqué todos los días. ¿A dónde no fui a buscarlo? Que lo habían visto por los lados de Mariquita (Tolima), me iba para allá, pero nada. Que, en Puerto Salgar (Cundinamarca), nada. En otro pueblo, nada. Que fuera y preguntara en la convivir, pero nada. Todo eran mentiras que me decían.

En medio de toda esa búsqueda empecé a sacar conclusiones: todo había pasado por la infidelidad que él había descubierto. El tipo con el que la señora andaba era el testaferro de un poderoso político que ya murió, que era el que mandaba en los paramilitares y que tenía vínculos con Ramón Isaza (otrora cabecilla paramilitar del Magdalena Medio).

¿Usted habló con los paramilitares?

Hablé con el jefe de la convivir en Puerto Salgar, el que mandaba ahí, y ese personaje me prometió que iba a averiguar quién se había llevado a mi hijo. Al otro día me llamó y me habló con un poco de evasivas.

¿Y habló con el sospechoso de ordenar la desaparición de su hijo?

Un día iba por la calle con la niña, mi nieta. Ya habían pasado varios meses desde la desaparición de mi hijo. Cuando yo vi a ese señor, el de la infidelidad, que es de una familia de ganaderos muy famosos acá y, no sé, como en un arrebato de madre, me le acerqué y le dije a la niña: “Por ese señor fue que mataron a su papá”. La niña estaba muy chiquita, tenía seis años, y ella no

entendía eso, pero se lo dije para que ese señor me escuchara.

Tres días después, ese señor me mandó una razón con la suegra de mi hijo, que necesitaba hablar conmigo para aclararme muchas cosas, que él no tenía nada que ver con la muerte de mi hijo. Entonces, le mandé a decir al señor que yo no tenía nada que hablar con él.

¿Hubo consecuencias por su acción?

Por esos días empezaron a pasar motos sospechosas por el frente de mi casa y me llamaron y me dijeron que era mejor que dejara eso quieto. Que había muchas cosas y que dejara eso quieto. Que ya mi hijo no existía. Que lo habían tirado al río.

Me puse a pensar: “*Ya no me queda sino un solo hijo y no voy a exponerlo*”. De hecho, mi hijo me dijo: “*Mamá yo me voy de aquí*”. Y se fue. Arrancó con la familia para Bogotá. A mí me tocó irme para la Costa Atlántica con el esposo que tengo ahora.

¿A qué parte de la Costa?

Para Cartagena.

¿Huyendo de todo eso?

Sí, de todo. Me fui con mucho temor porque dejé aquí a siete hermanos y temía que les pasara algo. Gracias a Dios no pasó nada más.



“Es la primera vez que asisto a un evento de estos y me sentí rodeada y acompañada por los servidores de la UIA y por las demás víctimas”, asegura Clarita, como la conocen en La Dorada.



Durante el evento de Participación Social con víctimas que organizó la UIA en La Dorada (Caldas), Clarita trabajó activamente en actividades en el marco de la justicia restaurativa y de la reconstrucción del tejido social.

¿Qué fue de la vida de ese señor?

Él todavía existe, pero está muy enfermo, muy acabado. La gente sabía que como era el testaferro de ese famoso político, aquí se hacía lo que él dijera y como mi hijo lo descubrió en un motel con la señora infiel, por eso lo hizo desaparecer.

¿Cómo ha sido la vida todos estos años?

Sin mi hijo, es muy duro. Si supiera en dónde lo enterraron, al menos le podría llevar una florecita, pero sin saber a dónde lo botaron... Para mí ha sido muy duro y me da mucha tristeza por mis nietos, los hijos de él, que se tuvieron que criar sin papá.

¿Cuántos hijos dejó él?

Dos: un niño y una niña. Ellos ya son adultos. El menor tiene ya una esposa con la que tiene un hijo. Pero a la niña le quedaron muchas secuelas, porque ella tenía seis años cuando a mi hijo lo desaparecieron, y ella adoraba a su papá. De hecho, intentó suicidarse en tres ocasiones y tuvo que estar en tratamiento psicológico en Manizales.

¿Dónde está ella ahora?

No sabemos. Se marchó y no sabemos de ella. Hace como tres años que se fue, porque no quiere a la familia, no me quiere a mí, que fui la que la críe. No quiere a la mamá, no quiere a nadie. Por ahí a veces se comunica con una

medio hermana por parte de la mamá y dice que está en China o en Estados Unidos, que por allá se casó con un oriental. Pero la verdad, no quiere tener contacto ni con la mamá, ni con los abuelos, ni con nadie. Lo que sí le digo es que es una mujer excelente para el estudio. Se graduó como arqueóloga y fue una de las mejores de la promoción.

¿Quién le dio estudio?

Yo la inscribí en la universidad. Estudió gratis por su condición de desplazada.

¿Y por qué ella tiene esa actitud con usted?

No sé. Así es conmigo, con la mamá y con todos.

¿Cuántos años tiene ella?

Ella tiene 32 años.

¿Qué espera que suceda en el caso de la desaparición de su hijo?

Aunque sea saber dónde quedó. Yo me mantengo pendiente de alguna noticia de él. Me han tomado prueba de ADN para ver si entre los desaparecidos que encuentran está mi hijo. Cuando publicaron la noticia de que habían encontrado un montón de esqueletos por allá en Puerto Berrío, estuve muy atenta a eso. Inclusive iba a ir hasta allá para mirar a ver si de pronto un señor que recogía los cuerpos del río y los enterraba ahí, en el cementerio de Puerto Berrío, había encontrado el de mi hijo.

Fue por esa época que vinieron y me hicieron una entrevista judicial y me tomaron una prueba de ADN. Al muchacho que vino le pregunté: “Dígame si es posible que encuentre a mi hijo. ¿Qué hicieron con todos los esqueletos que se llevaron de Puerto Berrío?”. Él me respondió que todo iba a parar a Bogotá, pero que hay mucha gente a la que le toman el ADN para buscar a sus familiares desaparecidos, que son muchos.

¿Quién ha sido su apoyo en todo este tiempo?

Mi segundo esposo es el que me ha acompañado siempre en toda esta búsqueda. Ya llevamos muchos años juntos y él siempre ha estado ahí.

¿Qué ha visto en estos encuentros de Participación Social de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP?

Me ha parecido maravilloso. Yo no soy de asistir a estos eventos y esta mañana cuando me levanté dudé en asistir o no, porque nunca había asistido a un evento de estos. No sé, me dio por venir y me parece muy bonita la integración, conocer más gente, hablar y compartir con otras víctimas.

¿Qué le queda de este evento de la UIA?

He aprendido la convivencia con la gente, el apoyo, la amistad.

¿Qué mensaje le envía a la sociedad, a Colombia?

Hay veces que guardo como mucho resentimiento, de verdad que sí, como que no creo en nada de las cosas que hablan, pero en este evento sí he aprendido mucho. Ya no tengo tanto resentimiento, porque mi marido me dice que siempre he sido muy dura de corazón, porque así me volví luego de lo que viví. Sin embargo, he aprendido que hay que perdonar.

¿Perdonar?

Pues sí, perdonar y seguir adelante. Porque yo ya tengo 75 años y no creo que alcance a encontrar a mi hijo. Son ya 27 años de estar esperando. Cuando a él lo desaparecieron, que fue un miércoles, el sábado me soñé esto: tocaron en la puerta donde yo vivía, abrí y vi a Juan Carlos en el suelo, como recostado de lado.

Él a veces me decía “hola, mamá” o a veces me decía “hola, Clarita”. Cuando me dijo Clarita, a mí me dio algo en el corazón. En medio del sueño le pregunté: “Juan Carlos, ¿usted dónde estaba”, y lo fui a tocar y él no se dejó. Ahí me desperté y pensé que mi hijo ya estaba muerto, porque dicen que cuando uno se sueña con una persona y en el sueño la va a tocar y no se deja, es porque está muerta. Nunca más me volví a soñar con él.

¿Y entonces?

No sé, digo yo, olvidar no se puede, porque cómo va a olvidar uno a un hijo. Eso nunca va a pasar. ¡Jamás! Y menos si usted no sabe dónde quedó. Tener como mucha resignación y pedirle a Dios que, por lo menos, podamos saber qué pasó con él, sino soy yo, que por lo menos lo sepan mis nietos.



A pesar del dolor que la ha acompañado durante 27 años por la pérdida de su hijo menor, Clarita dice que no se debe claudicar en la búsqueda de los desaparecidos y, al contrario, insistir para que algún día se conozca la verdad.



“Al inicio de este evento de Participación Social organizado por la UIA me sentía como una niña que llega al kínder y luego, con todas las actividades en la que estuve, entendí en qué consiste la justicia restaurativa y cómo debemos trabajar en restaurar el tejido social”, afirma Clarita.



Los hermanos Mejía Esquivel irradian fuerza y alegría. Siempre entusiastas, a pesar de las dificultades que han vivido.

“La verdad no nos garantiza la paz, pero sí nos conduce a ella”: gemelos Mejía Esquivel

Lo dicen con total convencimiento. A lo largo de seis décadas han compartido la misma vida: la pobreza desde la niñez, el dolor de los desplazamientos, el miedo a las amenazas y también la fuerza del liderazgo social.

Luis Carlos y Luis Eduardo Mejía Esquivel, o “Lukas” y “Luigis”, como les dicen sus amigos, nacieron en Belén de Umbría, Risaralda, en 1963.

Su padre murió cuando ellos tenían tan solo siete meses.

Siempre se vistieron igual. Siempre parecieron como si fueran uno solo. Y aunque han pasado por pérdidas, incendios y persecuciones, su unión es su mayor fortaleza para hablar hoy como líderes de víctimas y gestores de paz.

La niñez de los Mejía Esquivel fue marcada por la escasez y la ausencia de su padre. Su madre, viuda a los 34 años, tuvo que sacar adelante sola a 11 hijos.

“Nos dio estudio hasta donde quisimos”, dijeron los gemelos durante una entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP en el puerto caldense de La Dorada.

El golpe más duro para ellos llegó a los nueve años. El bombero de la gasolinera le vendió a su mamá gasolina en vez de petróleo. Al encenderlo la casa explotó en llamas.

“Se perdió todo”, recordaron con un dejo de tristeza.

Desde aquel incendio las dificultades para la familia continuaron. Entonces dejaron su pueblo y se mudaron a Pereira. Su objetivo: intentar sobrevivir con lo poco que había quedado.

Con ayuda de la parroquia y de sus vecinos, la familia se sostuvo. Cada hermano se dedicó a buscar trabajo para aportar a la casa.

Los gemelos crecieron entre oficios y estudios. Uno trabajó en almacenes. El otro en fábricas de confecciones. Con el tiempo su madre enfermó. Ahí cambiaron su rumbo. *“Nos tocó renunciar a las empresas para dedicarnos los dos a cuidar a mi mamá”*, explicaron, esta vez con satisfacción.

Luego iniciaron un nuevo camino. Como emprendedores, primero crearon una pequeña unidad productiva de champú natural y otra de alimentos transformados.

Se turnaban los oficios del hogar. Mientras uno cocinaba, el otro limpiaba; mientras Lukas viajaba, Luigis se quedaba. Y viceversa. Fue un pacto de hermandad que se ha extendido por décadas.

Con el tiempo empezaron a ejercer liderazgo y eso los puso en la mira de los violentos. Una tarde, en una vereda del Eje Cafetero, hombres encapuchados los abordaron.

“Tienen 24 horas para que se pierdan. Por acá no los queremos volver a ver. Sabemos dónde viven, qué hacen, dónde están”, fue la sentencia de los paramilitares.

Lukas y Luigis no tuvieron opción y dejaron su casa. *“Empacamos lo que pudimos en unos morrales y nos tocó irnos. Perdimos todo”*, relataron. Otra vez a empezar de cero. Esta vez llegaron al municipio risaraldense de Santa Rosa de Cabal, donde apenas pudieron sobrevivir.

El desarraigo no terminó ahí. Años después, nuevas amenazas — ligadas a su participación en política— los obligaron a huir de nuevo.

Las llamadas intimidantes, los insultos en público y la advertencia de que estaban en una *“lista de enemigos”* hicieron imposible rehacer su vida en la mencionada población.



Lukas comparte su pendón en el que sobresale la figura del jaguar y los desplazados de quienes quiere ser su voz.



Lukas y Luigis expresan su gratitud a la coordinadora de la Mesa Departamental de Víctimas, Ludirlena Pérez, su querida lideresa.



Los gemelos Mejía Esquivel recibieron con alegría la visita del director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, en el puerto caldense de La Dorada.



Luigis muestra su pendón en el que se representan los campesinos y la fuerza del campo colombiano.

Cada desplazamiento ha sido una herida profunda para ellos, pero también una confirmación de que el miedo no los va a silenciar.

“Todavía se siente miedo e impotencia. Se siente tristeza porque uno dice: ‘Pero si estamos haciendo las cosas bien, ¿por qué nos pasa esto?’. Pero bueno, las cosas suceden por algo”, afirmaron a una sola voz.

En medio de esa incertidumbre creció la firme convicción de convertirse en defensores de Derechos Humanos y gestores de paz. Sus luchas las han transformado en servicio a la comunidad y a las víctimas del conflicto armado.

Están vinculados a mesas de participación de víctimas. Primero, en lo municipal, y luego, en lo departamental. *“Ahí fue donde tomamos la decisión de seguir apoyando al pueblo y seguir trabajando con política”,* porque, en su concepto, *“hay que ser la voz de los que no tienen voz”*.

Pronto su liderazgo se hizo visible con participación en comités de garantías, procesos de conciliación comunitaria y en espacios nacionales como la Comisión de la Verdad.

Lo que habían aprendido en carne propia —el despojo, el miedo, el abandono estatal— se convirtió en un motor para defender derechos, orientar comunidades y enfrentar la corrupción.

“Eso nos impulsó, fue como una plataforma de lanzamiento, debido a que no queríamos que otras personas vivieran lo que nosotros vivimos, que no fue fácil. Porque una cosa es decirlo y otra es sentirlo y vivirlo.”

“Sí, son tres contextos muy distintos, pero queríamos seguir, orientando a mucha gente que está viviendo situaciones iguales o peores. Entonces, ahí fue donde nos empoderamos. Ya no solamente del pueblo en general, sino de la comunidad campesina y comunidad indígena”, observaron Lukas y Luigis.

En medio de su proceso, estos valientes hermanos encontraron refugio en la espiritualidad. Para ellos, los símbolos hablan tanto como las palabras. Lukas se hace llamar “la fuerza de un pueblo” y se identifica con el jaguar por su fuerza y resistencia.

“Si el jaguar ruge, el mundo tiembla”, dijo, convencido de que ese animal representa su capacidad de no dejarse doblegar.



El director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, no se separó de las víctimas durante los dos días que estuvo en La Dorada. “Ustedes se lo merecen todo”, les dijo el funcionario.



Durante toda la jornada, los gemelos Mejía acompañaron las actividades del Grupo de Participación Social de la UIA. Aquí alimentan el 'Árbol de la restauración'.

En tanto, Luigis, o 'la fuerza del campo en Colombia', ha hecho del colibrí y de la conexión con la tierra un camino para darles sentido a sus luchas.

Juntos han compartido noches enteras con comunidades campesinas e indígenas, tomando chocolate alrededor del fuego, orando bajo la luna y compartiendo saberes con la Pachamama como testigo.

No es un liderazgo hecho de discursos fríos o de cargos burocráticos. Es un liderazgo que mezcla fe, memoria y resiliencia. Su apuesta es por el presente porque, según dicen, *"es ahí donde hay que aportar, porque tenemos la convicción de que algún día tendremos una paz verdadera y duradera, porque si hay verdad, hay futuro. La verdad es el alma del pueblo. La verdad no nos garantiza la paz, pero sí nos conduce a ella"*.

Su voz ha resonado en Bogotá, Medellín y distintos municipios del país, siempre con la misma bandera: defender a las víctimas, visibilizar

la corrupción y exigir la paz.

Los Mejía Esquivel siguen aprendiendo y en cada oportunidad que tienen participan y se forman para defender los derechos de las víctimas.

"No hablamos para los gobernadores ni para los presidentes. Hablamos —dicen— para el pueblo. Y si hay que alzar la voz, la alzamos. Si hay que dar garrote, lo damos, porque nuestra lealtad es con la gente vulnerable, no con los poderosos".

A los ojos de su comunidad, Lukas y Luigis no son solo líderes. Son un símbolo de lucha y resistencia. Ellos están convencidos de que su misión es sembrar semillas de paz en cada territorio que pisan.

"Seguiremos hasta que Dios nos dé vida y salud, fortaleza y fuerza, y las estrellas del universo nos guíen. Allí estaremos con toda esta gente y todas estas comunidades vulnerables", concluyeron.

“Nosotros vivíamos tranquilos hasta que llegó el conflicto armado”: Marleny Gómez, la lideresa de Salamina



Después del desplazamiento y la viudez, Marleny Gómez fundó la Asociación ADESA, desde donde ha impulsado proyectos que han transformado la vida de mujeres y jóvenes víctimas del conflicto armado.

Marleny Gómez Marulanda es una activista caldense que ha convertido su dolor en resistencia y liderazgo. Ella es una querida y reconocida lideresa de víctimas del departamento de Caldas y también es integrante de la Mesa Departamental de Víctimas y representante de mujeres y comunidades en distintos escenarios.

Esta es su historia:

Marleny Gómez nació hace 54 años en el municipio de Marulanda, Caldas, y creció en el campo junto a sus siete hermanos y bajo el cuidado de sus padres. Su vida era sencilla, marcada por el trabajo en la finca familiar.

La primera gran pérdida llegó en su adolescencia. Su madre falleció de un infarto cuando ella tenía apenas 16 años.

“A mi mamá le dio un infarto. Ya le habían dado dos derrames. A lo último le dio un infarto y se la llevó”, le contó Marleny Gómez al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de la Investigación y Acusación de la JEP durante una reciente jornada de trabajo en el puerto caldense de La Dorada.

La temprana partida de su madre marcó profundamente a Marleny Gómez y a sus hermanos. Pese a las enormes dificultades, su padre asumió la crianza y sacó adelante a la familia con esfuerzo y dedicación. Algunos de los Gómez Marulanda estudiaron. Otros prefirieron quedarse en el campo.

En 1990, a los 19 años, Marleny Gómez se casó y se trasladó a Salamina. Allí, junto a su esposo, Pablo Emilio López Bedoya, intentó levantar un hogar en paz, lejos de la violencia que ya comenzaba a asomarse en la región. Vivieron en varias veredas, entre ellas La Merced, donde nació su primer hijo.

La tranquilidad, sin embargo, fue efímera.

En el 2000, la violencia se cebó en la vereda La Chócola. Allí vivía y tenía una finca de estancia —dedicada al ganado y a la producción de panela— la familia de Marleny Gómez.

Los paramilitares y la guerrilla empezaron a disputarse el territorio y las familias campesinas quedaron atrapadas en medio del fuego cruzado.

“A mi esposo lo cogieron en un día de molienda (junto a otros trabajadores). Los bajaron del carro y los amarraron. Ahí los torturaron. Por suerte no los mataron, pero los aporrearón muy, muy fuerte”, explicó Marleny Gómez, madre de dos hijos varones.

El episodio ocurrió durante una molienda de panela en momentos en que Marleny Gómez y su marido trabajaban para sacar adelante la finca. Los paramilitares interceptaron a Pablo Emilio López y a los trabajadores, los amarraron y los torturaron durante todo el día. Aunque lograron sobrevivir, el miedo y la incertidumbre se apoderaron de la familia.

La vereda se convirtió en escenario de muertes y desplazamientos. Los grupos armados impusieron su ley y las familias empezaron a vivir bajo constante amenaza.

El frente 47 de las FARC (al mando de Elda Neyis Mosquera, la temida alias ‘Karina’) y las paramilitares Autodefensas Unidas de Colombia se enfrentaron y la población civil quedó en la mitad.

“Hubo muchas muertes en esa vereda, y a nosotros nos sacaron de allá. Fue mucha la gente que mataron, gente que sufrió el conflicto”, dijo.

Entonces los López Gómez se trasladaron a la cabecera municipal de Salamina. Estando ahí, por trabajo, volvieron a emigrar, esta vez para la vereda La Mesa, donde la violencia los esperaba.

Un día llegó la guerrilla y todo fue azaroso.

“Llegó mucha gente a la finca. Nos fuimos a encerrar a los becerros. Cuando volvimos estaban acostados en el piso. Nos apuntaron con unos fusiles y yo me ataqué a llorar. Nos dijeron: ‘No les vamos a hacer nada. Solo queremos comida’”, evocó Marleny Gómez.

Corría el 2002.

“Querían la remesa. Se fueron y llegaron los paramilitares. Mataron mucha gente y nos dieron 24 horas. Dejamos todo. Teníamos ganado, cerdos y cultivos. El conflicto fue muy muy duro”, añadió la lideresa con un dejo de amargura.

Los López Gómez fueron obligados a abandonar la finca. Los paramilitares

les dieron un ultimátum: tienen 24 horas para salir, so pena de ser asesinados. El desplazamiento fue abrupto y doloroso.

El miedo y la incertidumbre dominaron esos días. Marleny y sus hijos regresaron de nuevo al casco urbano de Salamina, sin saber a dónde ir. Una señora les ofreció refugio, pero el terror persistía. “Lo único que traíamos era el biberón del niño... Llegamos a un sitio que se llama la Galería. Estábamos confundidos sin saber qué hacer, en medio del miedo y el terror que teníamos”.

La familia permaneció dos meses sin atreverse a salir a la puerta. Todos temían por sus vidas luego del asesinato de un vecino.

La tragedia no terminó con el desplazamiento. Poco tiempo después, el esposo de Marleny Gómez sufrió un accidente laboral que lo dejó 15 meses en cama. En consecuencia, ella tuvo que asumir el cuidado de sus hijos y de su marido.

Era una situación al límite.



Junto a este pendón que recoge fotografías de los proyectos que ha liderado, Marleny Gómez muestra con orgullo el impacto de su trabajo por las víctimas.

“A mi esposo me tocaba lidiarlo como lidiando un bebé. Me tocó muy duro con los dos niños y con él. Finalmente, él murió. Aunque nosotros ya habíamos perdido todo lo que teníamos, yo decía: ‘Dios es grande y hay que seguir adelante con todo’”, puntualizó.

La viudez y la responsabilidad de sacar adelante a sus hijos, en medio de la pobreza y el desplazamiento, fortalecieron el carácter de Marleny Gómez y la necesidad la llevó a buscar alternativas para sobrevivir.

En Salamina, ella encontró en el tejido un oficio y un refugio. Aprendió a hacer traperos y trabajó durante 14 años en la Sociedad San Vicente de Paúl, donde se elaboran bellísimas cobijas, tapetes y bufandas.

El trabajo artesanal le permitió sostener a su familia y, al mismo tiempo, conectarse con otras mujeres víctimas del conflicto.

Ese trabajo artesanal, que comenzó como una necesidad económica, pronto se convirtió en la semilla de su liderazgo. Entre puntada y puntada se fue encontrando con otras mujeres que compartían su dolor y su historia. Así nació su vocación de acompañar a las víctimas y de representarlas en espacios colectivos.

“Empecé yo a ver que nosotros fuimos víctimas y que había tantas víctimas para

trabajar por ellas. Yo me empoderé a trabajar por las víctimas del conflicto, a mirar cómo las iba a ayudar, qué era lo que iba a hacer con ellas y monté una asociación”, explicó.

La experiencia compartida con otras mujeres desplazadas y madres cabeza de hogar fue la semilla de su vocación de liderazgo. Entonces fundó la Asociación de Desplazados de Salamina (ADESA), dedicada a la defensa de los derechos de las víctimas y al impulso de proyectos productivos.

Como integrante de la Mesa Departamental de Participación, Marleny Gómez representa a más de 150.000 víctimas de Caldas. Su trabajo se centra en la gestión de proyectos productivos, capacitaciones y ayudas a mujeres, jóvenes y familias afectadas por el conflicto armado.

“Nosotros tenemos que trabajar por ese colectivo, porque haya esa paz verdadera, porque haya una paz equitativa para todos”, indicó.

Su liderazgo ha sido clave en la implementación de proyectos de gallinas ponedoras, pollos de engorde, cerdos y cultivos de fresas, que han permitido a muchas familias salir adelante y reconstruir sus vidas. Además, ha impulsado becas universitarias y programas de vivienda digna para jóvenes víctimas de la violencia.



Marleny Gómez, abrazada con cariño por la coordinadora de la Mesa Departamental de Víctimas, Ludirlena Pérez, quien refleja el gran afecto que despierta en su comunidad.



El pendón de Salamina narra con crudeza y color el impacto de la violencia en las veredas La Chócola, La Loma, Guayabal y San Félix.

Hoy, el nombre de Marleny Gómez está asociado a la defensa de los derechos de las víctimas y al impulso de proyectos que buscan dignificar la vida de quienes han sufrido la guerra.

—¿Qué la ha motivado en su liderazgo?

—Lo que me mueve y lo que me ha movido, es lo que me pasó a mí en el conflicto. Es mirar con esa fuerza, con esa valentía, con ese coraje para trabajar por las víctimas del conflicto armado. Porque una persona que no fue víctima nunca podrá saber el dolor que sufrió la verdadera víctima del conflicto.

—¿Cómo percibe el camino hacia la paz en Colombia?

—Hay que trabajar por la paz porque la paz la llevamos cada uno de nosotros, en nuestras familias, desde el corazón que le nace a uno. Pero el proceso de paz está muy quebrantado porque siguen matando, siguen secuestrando y hay mucha violencia contra la mujer.

—Pero hay que luchar por la paz...

—Así es. A pesar de ser un proceso de paz quebrantado, hay que trabajarle y hay que lucharle. Nosotros, como líderes, tenemos que luchar por esa verdadera paz. Porque si hay verdad, hay justicia; si hay justicia, hay amor, y si hay amor, no hay tanto odio y tanto rencor.

—¿Qué piensa del perdón?

—El perdón es duro. Yo estuve en una reunión con los que hicieron el daño. Uno dijo que era del frente 47 de las FARC y que había matado a mucha gente. Él pidió disculpas. Y yo le dije: “Es muy duro sentarse al frente de ustedes, saber que ustedes mataron nuestras familias. Yo no

sé cómo perdonarlo”. Pero también dije: “Si no perdonamos nunca va a haber paz”.

Marleny Gómez ha trabajado intensamente en la construcción de la memoria histórica, convencida de que la sanación y la transformación de las familias pasan por el reconocimiento del dolor y la reparación.

La Memoria Histórica “Salavida” recoge los testimonios y experiencias de las víctimas de Salamina y veredas como La Chócola, Monteloro y San Félix.

A través de un lienzo encontró la manera de contar lo que pasó en la región durante los años más duros del conflicto armado.

Ese pendón no es solo un pedazo de tela. Es también un mapa de la memoria. En él están dibujadas escenas que estremecen: los jóvenes colgados por cuidar una finca, las casas incendiadas, las madres huyendo con sus hijas para evitar ser violentadas, el ganado masacrado, el puente de San Lorenzo volado y los niños reclutados tras ver morir a su profesora.

En fin, cada trazo es un testimonio del dolor vivido.

El lienzo también muestra la resistencia. “Arriba se está tejiendo vida”, afirmó Marleny Gómez al referirse a los proyectos que apoyan a mujeres y jóvenes para salir adelante. “A veces es difícil recordar, pero es bonito seguir trabajando en todos los proyectos que se hacen por las víctimas”.

Y, finalmente, en lo más alto del pendón, ella escribió las palabras que guían su lucha: justicia, verdad, reparación y garantías de no repetición.

“Ha sido un proceso duro, pero es una labor social y seguiremos trabajando por esa paz, que es el sueño, la paz que Colombia tanto clama”, concluyó.

El Hospital de la Paz para víctimas de violencia sexual:

el sueño continúa



Durante la jornada en Fragmentos —el 3 de septiembre pasado—, las víctimas del conflicto armado, el expresidente Juan Manuel Santos, el arquitecto Alejandro Aravena, los integrantes de la familia Quintero, el médico Santiago Rojas, el director de la UIA Giovanni Álvarez y servidores de la entidad.

En diferentes escenarios, a lo largo de más de cinco años, el director de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP, Giovanni Álvarez Santoyo, ha repetido una frase que le sale del alma: *“El proyecto del Hospital de la Paz no tiene marcha atrás”*.

Y razón no le falta.

Prueba de ello es la visita que a principios de septiembre de este año realizó a Colombia el equipo de arquitectos chilenos —en cabeza del mundialmente famoso Alejandro Aravena— que estará al frente del diseño participativo del Hospital de la Paz que se construirá en el municipio metense de Cumaral.

La propuesta de que Aravena se pusiera al frente de los planos del Hospital de la Paz nació de la escultora colombiana Doris Salcedo, una vieja amiga de las víctimas del conflicto armado colombiano. Ella le vendió su idea a la antropóloga Pilar Rueda Jiménez —asesora de la Dirección de la Unidad de Investigación y Acusación— y ahí continuó el sueño.

Un sueño que se remonta a agosto de 2019 cuando las víctimas del conflicto armado recibieron en Bogotá al reputado médico congoleño

Denis Mukwege, quien un año antes —junto a la iraquí Nadia Murad— había ganado el Premio Nobel de Paz por *“por sus esfuerzos para acabar con el uso de la violencia sexual como arma en guerras y conflictos armados”*.

Al final de esa histórica visita, Mukwege les habló a Álvarez Santoyo y a Rueda Jiménez de la necesidad de construir en Colombia un hospital que atendiera todas las necesidades de los millares de mujeres y hombres víctimas de violencia sexual con ocasión del conflicto armado.

De eso hace ya seis años y el proyecto del Hospital de la Paz sigue con paso firme. En principio se trabajó para que fuera construido en Villavicencio, pero por problemas administrativos —y sobre todo por la noble colaboración de la familia Quintero Ruiz, en cabeza de doña Ana Elvira Ruiz y del empresario Wilson Quintero— todo se trasladó para Cumaral.

Cuando entre finales de 2019 y principios de 2020 el tema del Hospital de la Paz empezó a tomar forma, la maestra Doris Salcedo le explicó a Pilar Rueda quién era Aravena con un solo dato: que en 2016 había sido galardonado con el Premio Pritzker o, en el mejor de los símiles, con el “Nobel de Arquitectura”.

Día 1

La primera reunión de trabajo con Aravena merecía un toque de solemnidad. Y qué mejor para ello que “Fragmentos, Espacio de Arte y Memoria” —en pleno centro de Bogotá—, o el recinto cuyo piso se elaboró con las armas fundidas de las otrora FARC-EP y que contó con la participación de mujeres víctimas de violencia sexual durante el conflicto armado.

La encargada de instalar esa primera reunión fue la activista Ángela María Escobar, una lideresa de todos los tiempos, coordinadora nacional de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales y quien hace 25 años fue abusada sexualmente por paramilitares en el Oriente Antioqueño.

“El tema del hospital no ha sido fácil. Nos han dicho hasta locas (en referencia jocosa a las víctimas). Ha sido un camino con espinas, pero las rosas están creciendo y floreciendo”, dijo Escobar en momentos en que en Fragmentos —ese 3 de septiembre— hacía presencia un invitado de lujo: el expresidente colombiano y Nobel de Paz 2016, Juan Manuel Santos Calderón, un colaborador incondicional del Hospital de la Paz.

Luego de Escobar intervino el arquitecto Aravena, quien habló muy

poco. Más bien dio a entender que ese día quería escuchar y aprender de las personas más importantes que se encontraban en Fragmentos: las víctimas del conflicto armado.

“El trabajo de un arquitecto es darles forma a los lugares donde la gente vive. Todos los lugares donde vivimos tienen que tener una forma”, dijo el arquitecto chileno.

“Nunca hemos hecho un hospital, pero justamente tratamos de ser muy rigurosos con eso que no sabemos. Por eso uno pregunta”, agregó. *“No tenemos problemas en hacer preguntas muy tontas. El que no sabe un tema tiene la ventaja de que puede hacer preguntas ingenuas y básicas. Eso vamos a hacer en los próximos días. Por eso esperamos que nos tengan paciencia”,* añadió.

Entonces Aravena le dio paso a Santos.

El Nobel de Paz 2016 empezó a hacer memoria y a evocar anécdotas de los cuatro años que su gobierno invirtió para sellar la paz con las FARC.

Recordó que un amigo suyo le aconsejó que, cuando notara que las fuerzas lo abandonaban para seguir adelante con las conversaciones de La Habana, escuchara las historias de las víctimas.



El fiscal de la JEP Giovanni Álvarez Santoyo y el arquitecto chileno Alejandro Aravena.



El viceministro de Salud, Jaime Urrego, durante su exposición en Fragmentos.



El reconocido médico Santiago Rojas, en Fragmentos. Él es un viejo amigo y colaborador de las víctimas del conflicto armado.



El expresidente y Nobel de Paz Juan Manuel Santos contó en Fragmentos varias anécdotas relacionadas con el Acuerdo de Paz sellado con las otrora FARC.



El director de la UIA, Giovanni Álvarez, reiteró en Fragmentos que el de Colombia es el mejor proceso de paz del mundo y destacó una vez más la valentía de las víctimas del conflicto armado.

“Al final de esos diálogos con las víctimas —explicó el exgobernante—, la mayoría me decían: ‘Presidente, persevere’. Y yo me preguntaba: ‘¿Por qué tanta generosidad?’ Y ellas me respondían: ‘Porque no queremos que otros sufran lo que nosotros sufrimos’”.



La activista Ángela María Escobar fue la encargada de instalar la reunión de trabajo en Fragmentos, el 3 de septiembre último.

A renglón seguido, Santos aportó una anécdota más: *“Recuerdo que cuando me senté por primera vez con Timochenko, hoy Rodrigo Londoño, le dije: “Usted y yo hemos tratado de matarnos durante 35 años (...) Pero aquí estamos para construir la paz. Nos vamos a montar en una canoa para remar los dos. Va a ser una travesía muy difícil, pero comprometámonos a llegar a ese puerto”.*

Y concluyó su intervención recogiendo las palabras de otro Nobel de Paz, uno de los más grandes de la historia: Nelson Mandela, quien, según Santos, decía: *“El arma más poderosa que pueden utilizar dos enemigos para dejar de ser enemigos es sentarse a dialogar”.*



El arquitecto chileno Alejandro Aravena, quien estará al frente del diseño participativo del Hospital de la Paz.

Después del exmandatario, el turno de las intervenciones le correspondió a Álvarez Santoyo. El Hospital de la Paz se va a construir *“con las víctimas, para las víctimas y en honor a las víctimas”*, dijo el funcionario. *“Quienes más apoyan estos procesos son las víctimas porque tienen mucha generosidad en sus corazones”.*

Para el fiscal de la JEP, *“las reparaciones tempranas no pueden ser el producto de una sentencia (...) Tenemos que pensar en un modelo que nos acerque a cumplir las expectativas de las víctimas. Claro, reparar a 10 millones de víctimas es casi imposible. Por eso esta obra del Hospital de la Paz va a tener un impacto importantísimo en las víctimas de violencia sexual”.*



La asesora de la UIA Pilar Rueda dialoga en Fragmentos con el arquitecto Alejandro Aravena y con el expresidente colombiano Juan Manuel Santos.

Por último, participó vía Internet el Nobel de Paz Denis Mukwege. *“Quiero agradecer a todos por este compromiso (con el Hospital de la Paz). Es un compromiso que traspasa todo lo que uno pueda imaginar. Quisiera que (el modelo colombiano del centro médico en Cumaral) sea replicado en otros países. Esperamos con impaciencia poder ver construido ese hospital”*, dijo el activista africano.



Cumaral, en cabeza de su alcalde, Albeiro Serna, recibió con honores a la delegación que viajó de Bogotá para presentarle al arquitecto Alejandro Aravena el terreno donde construirá el Hospital de la Paz. El líder cívico Franklin García habló en nombre de la comunidad cumaraleña.



Luego de visitar el terreno donde se construirá el Hospital de la Paz, el fiscal Álvarez Santoyo y su equipo y el arquitecto Alejandro Aravena y sus colaboradores se reunieron en la Alcaldía de Cumaral con el alcalde Albeiro Serna.

Día 2

El jueves 4 de septiembre fue el día escogido para que Aravena y su equipo conocieran el terreno en Cumaral donde se va a construir el Hospital de la Paz.

Hacia las 10 de la mañana de ese día —acompañados por varias víctimas de violencia sexual y por el fiscal Álvarez Santoyo y su asesora Rueda Jiménez—, el arquitecto chileno y sus colaboradores llegaron hasta el terreno que donó la familia Quintero Ruiz.

De inmediato, una sorpresa: los ilustres visitantes fueron recibidos por el alcalde de Cumaral, José Albeiro Serna, y por un grupo de música tradicional llanera.

“Fantástico”, se le oyó decir a un emocionado Aravena, quien luego del recibimiento se dirigió a los presentes: “Uno podría haber escuchado estas cosas (narradas por las víctimas de violencia sexual) en otros lugares o visto en algún documental o en alguna película.

“La diferencia ayer (miércoles 3 de septiembre) fue que las escuchamos de primera fuente. La persona que estaba sentada al lado mío me contó su historia. Eso es un mundo de diferencia. Yo no había tenido la oportunidad de que alguien en primera persona me contara lo que le tocó vivir y eso es muy marcante.

“Creo que hay un valor en lo testimonial en primera persona (en referencia a las víctimas de violencia sexual). A mí no me había tocado y yo creo que esa va a ser la gran diferencia para nosotros en adelante, cuando estemos

frente al papel, porque el lápiz le va a empezar a temblar a uno”.

Y concluyó con una anécdota de la noche anterior: vía WhatsApp les habló a sus tres hijos —Américo, Malú y Rita— de la valentía y entereza de las víctimas de violencia sexual con las que tuvo la oportunidad de conversar en Fragmentos. *“Casi no puedo irme a dormir por la cantidad de preguntas que me hicieron”, destacó.*

Durante unas tres horas, Aravena y sus colaboradores recorrieron metro a metro las casi ocho hectáreas de que consta el terreno que donó la familia Quintero Ruiz. Todo el tiempo estuvieron acompañados por víctimas del conflicto armado y por funcionarios de la Alcaldía de Cumaral que trataban de resolverles todas las inquietudes sobre el lote.

Elizabeth Cometa, quien fue víctima de violencia sexual y de desplazamiento forzado, comentó que *“estoy emocionada”,* entre otras cosas, porque *“las víctimas hemos tenido mucha esperanza (en la construcción del) hospital, que creo ya es una realidad. El hospital es la mejor reparación que podemos tener”.*

En tanto, Ernestina Torres opinó que *“para mí el hospital es una bendición. Además, el lote donde se construirá el hospital lo donó la familia Quintero con la que trabajé en los años 80”.*

“El hospital es el futuro de la reparación integral de las víctimas”, agregó Torres, que fue víctima de violencia sexual hace más de 20 años.

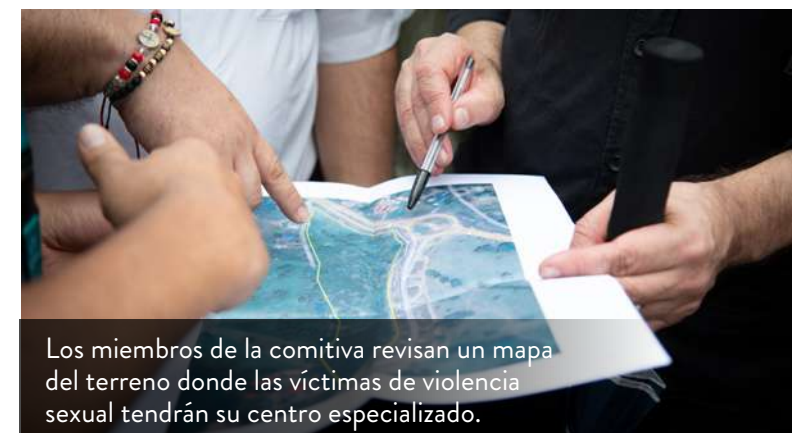
Sobre la una de la tarde, toda la delegación se dirigió hacia la Alcaldía de Cumaral donde su alcalde Serna les dijo a sus invitados: *“Cuenten con nosotros en todo lo que esté a nuestro alcance”.*



El director de la UIA, Giovanni Álvarez, y el arquitecto Alejandro Aravena, en la entrada del terreno donde se construirá el Hospital de la Paz.



El fiscal Álvarez Santoyo y el arquitecto Aravena recorren el lote en Cumaral donado por la familia Quintero Ruiz.



Los miembros de la comitiva revisan un mapa del terreno donde las víctimas de violencia sexual tendrán su centro especializado.



En un hotel del occidente de Bogotá, el arquitecto Alejandro Aravena les explica a algunas víctimas del conflicto armado y al personal de la UIA cómo será el diseño del Hospital de la Paz.



La lideresa indígena del Putumayo María Pastora Juajibioy.



La lideresa María Pastora Juajibioy les regaló varias manillas a los arquitectos chilenos "para las buenas energías".



La fiscal ante Tribunal Luz Helena Morales y la asesora de la Dirección de la UIA Pilar Rueda.

Día 3

El viernes 5 de septiembre fue el último día en Colombia de Aravena y su equipo. Por eso, antes de partir, tuvieron una reunión en un hotel del occidente de Bogotá con víctimas de violencia sexual y con servidores de la Unidad de Investigación y Acusación para presentarles un balance de su visita a nuestro país.

De entrada, una buena noticia: el arquitecto Aravena calificó como "verdaderamente fantástico" el terreno donde se construirá el Hospital de la Paz, e hizo hincapié en las propiedades sanadoras que tiene la naturaleza, en referencia a que el lote está ubicado en área rural de Cumaral.

En su concepto, el centro especializado "no va a ser un edificio, más bien una casa con sentido de comunidad. Tiene que ser un lugar sanador, saludable y acogedor. (Una especie de) segunda casa" para las víctimas y también para los pobladores de Cumaral.

Apenas escuchó ese comentario de Aravena, un hombre levantó la mano y pidió la palabra. Era Alberto Coneo, un activista que hace años fue víctima de violencia sexual. Él sugirió que el Hospital de la Paz sea un sitio acogedor y que no genere la predisposición que muchas personas les tienen a los centros médicos.

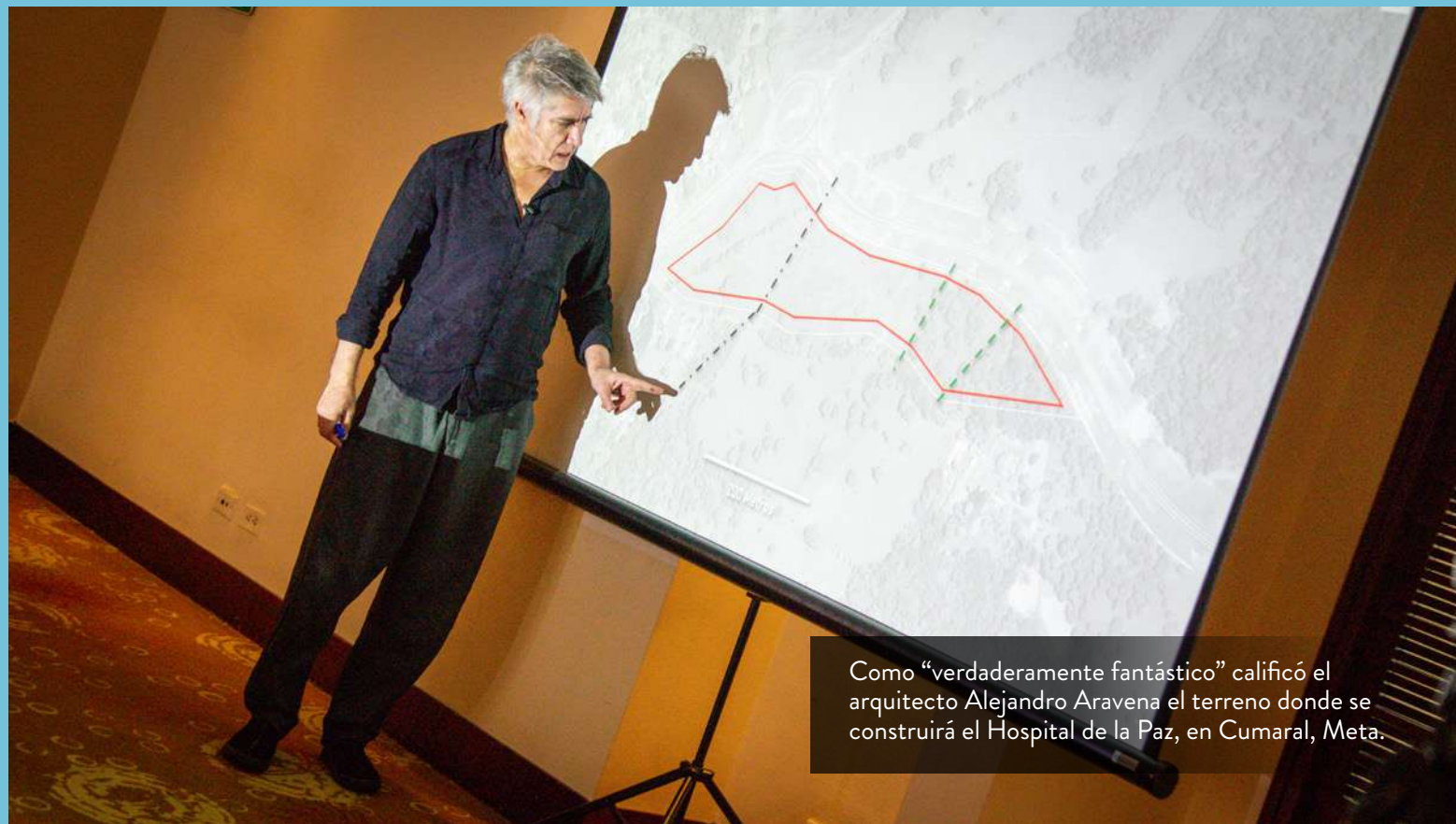
"Que sea como la casa de mamá o de la abuela, donde uno se siente bien y tranquilo", observó Coneo. "Que (el hospital) sea de humanos atendiendo humanos", recomendó el defensor de Derechos Humanos del Atlántico.

Luego habló María Pastora Juajibioy, una lideresa indígena del Putumayo, quien aconsejó que el hospital "les permita a los niños el sonido de la naturaleza y que haya arte". Al final de su sabia intervención, les regaló a los ilustres visitantes chilenos unas coloridas manillas "para las buenas energías".

Aravena y su equipo estarán de nuevo en Colombia a mediados de octubre. El objetivo de esa segunda visita: presentar el diseño conceptual preliminar del Hospital de la Paz.



De izquierda a derecha, los líderes de víctimas Deivi Domingo Riscanevo, María Pastora Juajibioy, Alberto Coneo y Ángela María Escobar.



Como “verdaderamente fantástico” calificó el arquitecto Alejandro Aravena el terreno donde se construirá el Hospital de la Paz, en Cumaral, Meta.



Las víctimas del conflicto armado le pidieron al arquitecto Alejandro Aravena que el Hospital de la Paz sea un lugar acogedor que no genere la predisposición que casi todas las personas les tienen a los centros médicos.

“La mejor medicina para mí es ayudarles a los demás”, dice víctima y lideresa de Amazonas



Jaidy Andrade Miraña prácticamente ha sido víctima de cuanto delito esté relacionado con el conflicto armado. Fue desplazada, dos de sus hermanos fueron reclutados por la guerrilla, otros dos fueron asesinados y la depresión ocasionada con la violencia arrinconó a sus padres.

El primer contacto directo que Jaidy Andrade Miraña tuvo con el conflicto armado se remonta a 2003 cuando dos de sus hermanos fueron reclutados por las otrora FARC en el corregimiento de La Pedrera, en el departamento colombiano de Amazonas. Tenía nueve años.

“Mi infancia no fue normal”, le dijo Jaidy Andrade al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP durante una reciente y extensa entrevista en la ciudad de Leticia, la capital amazonense.

Luego del reclutamiento de sus dos hermanos — Alexander Perea Miraña y Albeiro Bernaza Miraña—, el Ejército Nacional, literalmente, extrajo de La Pedrera a la pequeña Jaidy Andrade y en un avión la dejó en el aeropuerto de Leticia.

Durante una semana sobrevivió como pudo. La soledad era su única compañía. Pocos días después, los padres y hermanos de Jaidy Andrade también se desplazaron a Leticia. Todos se aparecieron en esa ciudad con lo que tenían puesto.

“Perdimos la finca, perdimos absolutamente todo”, explicó Jaidy Andrade, de 31 años, madre de cuatro hijos (dos mujeres y dos hombres) y perteneciente a la etnia Miraña, que, según la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), significa “gente de agua” o “gente que corre”.

Fue por esos mismos días que el padre de Jaidy Andrade, Mario Andrade Silva, perdió la partida contra la depresión, abandonó el trabajo y se entregó al alcohol y a las drogas. Al final, según palabras de su hija, terminó convertido en un indigente.

“Nunca me avergoncé de mi papa”, advirtió Jaidy Andrade. “Cada que lo veía en la calle, me le acercaba y lo saludaba. Él ha sido muy trabajador”, agregó. “A pesar de la situación tan triste por la que pasaba, la gente le decía que tenía unas hijas muy bonitas y que no estaba bien que estuviera tirado en la calle. Yo creo que la situación de mi padre me motivó a estudiar y a no dejarme vencer por la vida”.

Con el esposo doblegado por las adicciones, la madre de Jaidy Andrade, Maryory Miraña, se echó encima la obligación de la familia. Trabajó como empleada del servicio en casas y, al final, optó por el reciclaje para conseguir dinero y así tratar de hacerle frente a un nuevo y delicado problema: sus hijos, con excepción de Jaidy, se volvieron drogadictos.

Fueron tiempos difíciles para Maryory Miraña. De acuerdo con Jaidy Andrade, dos hombres que fueron esposos de su madre —antes de Mario Andrade Silva— terminaron asesinados por la guerrilla. “A uno de ellos lo mataron en frente de los niños, es decir, de mis hermanos”, añadió la valiente mujer que, contra viento y marea, logró hacerse bachiller.

Para poder estudiar, Jaidy Andrade no se midió en sacrificios. Por ejemplo,

lavó pisos en casas de familia y las hojas de cuaderno que reciclaba las utilizaba para tomar apuntes. *“Las hojas que la gente utilizaba solo por un lado me servían para escribir por el reverso”*, explicó.

Pero mientras Jaidy crecía, el resto de su familia se hundía. Tan es así que no esconde algo de su familia que le produce un nudo en la garganta: *“De los siete hijos que somos —de Mario Andrade y Maryory Miraña—, la única que no ha pisado una cárcel soy yo”*.

En su concepto, de sus seis hermanos el que más ha sufrido es Albeiro, quien —como se recordará— fue reclutado por la guerrilla en 2003 cuando apenas tenía unos 13 años. Él se fugó de las FARC poco tiempo después de haber sido llevado a las malas a la mencionada organización alzada en armas.

“Albeiro quedó muy afectado (como consecuencia del reclutamiento) y todo lo que habla es con odio y con venganza”, indicó Jaidy Andrade, quien hizo hincapié en que la situación de su familia tocó fondo cuando otros dos hermanos suyos fueron asesinados en hechos diferentes.

Jesús Reynaldo fue asesinado hacia 2010 en Tabatinga, el poblado brasileño

que limita con Leticia, y Junis Alexander perdió la vida hace unos cuatro o cinco años —en el interior de su casa— en hechos confusos que los Andrade Miraña prefieren no mencionar para evitar problemas.

“La verdad es que nosotros nos criamos en la calle y hasta nos tocó comer del basurero”, anotó Jaidy Andrade, quien luego de terminar el bachillerato estudió una carrera técnica relacionada con investigación.

—¿Cómo explica ese milagro que es su vida actual?

—Yo creo que el milagro se hace porque yo me aferré mucho a Dios. Aunque mis hermanos dicen que yo soy muy paciente, lo cierto es que cada paso que doy pienso mucho y le rezó a Dios porque Él es el centro de todo lo bonito que me ha pasado. Y aquí estoy, como testimonio de vida para mis hermanos.

—¿Y esas cosas bonitas las comparte con los demás?

—Sí, claro. Desde hace unos cuatro años, en compañía de un indígena que vive en la ribera del río (Amazonas), reciclo ropita y se la llevo a los niños de las comunidades más pobres. Eso me fortalece porque entiendo que



Jaidy Andrade Miraña, en momentos en que exponía durante el Encuentro de Participación Social celebrado en Leticia, Amazonas. En la fotografía la acompaña la trabajadora social de la UIA Ximena Bernal.

hay gente que tiene que pasar por condiciones más difíciles que las que yo viví.

—¿Y el estudio?

—Yo no sabía que, como víctima, tenía derecho a pedir estudio. Pero cuando me enteré, me dediqué a recibir cuanta capacitación veía y también a hacer cursos en el SENA. Hay otra cosa importante: a mí me gusta mucho la política, la política como que me inspira (risas de satisfacción). Por eso he participado en los Consejos de Juventud.

—Pero no todo es bonito. Por ejemplo, ¿qué pasó con su hermano Alexander?

—Jamás volvimos a saber de él. No sabemos si está vivo o está muerto. Yo traté de hacer un acercamiento con la guerrilla, pero eso es muy complicado. Eso se presta para malentendidos y para más problemas.

—¿Cambió mucho su vida cuando se dedicó a ayudarle a la gente?

—Totalmente. La mejor medicina para mí es ayudarles a los demás. Yo creo que los problemas que tuve en el pasado me animan a trabajar por otras personas.

—¿Quién es su referente?

—Mi mamá, sin duda. Mi mamá sufrió mucho. Fue hija única. Ella fue

violada, mis hermanas fueron violadas y yo también, cuando tenía como cinco años. Yo vi que mi mamá soportó muchas cosas y eso también me ayuda para soportar las mías. Ella es mi guía. Ella murió en enero de este año.

—¿Y su esposo?

—Yo me salí de la casa a los 16 años a vivir con él, sin querer. Lo hice porque él estaba económicamente mejor que yo. En la casa no había un grano de arroz y mis hermanitos no tenían siquiera zapatos para ir al colegio. No había plan B para mí y educación menos. Entonces alguna cosa había que hacer y la hice.

—¿Y sus hijos?

—Son mi vida. En algún momento de mi vida dije que iba a tener cuatro hijos y esos tuve: cuatro hijos.

—¿Cómo le ha ido como activista? ¿Qué tal es para tocar puertas?

—Yo creo que este año he reforzado ese tema. Yo pertenezco a las mesas municipal y departamental de víctimas y en ellas he aprendido de políticas públicas. Entonces ya sé que esto es por aquí o es por allá y también sé a qué tenemos derecho como víctimas.

De pronto, por lo que me ha sucedido, por la cicatriz que tengo en el alma, es por lo que yo a veces peleo en la mesa: por los Derechos Humanos



El director de la UIA, Giovanni Álvarez, saluda a Jaidy Andrade y a las demás víctimas que participaron en el Encuentro Territorial de Participación Social de Leticia, Amazonas.



Jaidy Andrade Miraña está tan convencida de su rol como líder social que no duda en afirmar que “la mejor medicina para mí es ayudarles a los demás” y que “los problemas que tuve en el pasado me animan a trabajar por otras personas”.

de las víctimas, por los derechos de los que están atrás. Yo no peleo por un bien para mí, sino por un bien para todas las personas víctimas del conflicto armado.

—Ya sabe pelear entonces...

—Sí, un poquito, no del todo, pero ahí vamos en ese proceso. El que vio mi perfil para ingresar a la Mesa Municipal de Víctimas fue el personero de Leticia, Rafael Moreno. Él fue el que me postuló. Yo le dije: ‘Doctor, yo no sé ni dónde estoy parada’. ‘Pues aprende’, me respondió.

—¿Qué planes tiene a futuro?

—Ahora estamos creando una fundación de víctimas con el objetivo de ayudar a más víctimas. Yo les decía a mis compañeros: ‘Apostemos por las madres que no tienen un pan que llevar a la casa’.

—¿Cómo hace para no derrumbarse? ¿Cómo hace para reponerse después de que llora?

—Vuelvo y le digo: para mí el centro de todo esto es Dios. Mi madre, que ya no está, también me da fuerzas desde el Cielo para no derrumbarme. Mis hijos también son una gran motivación para seguir adelante.

—¿Qué pasó con su papá?

—Ahora está en Bogotá. Bendito sea mi Dios: se recuperó (de las adicciones).

—¿En qué piensa cuando llora?

—Pienso en lo que hubiera sido mi vida si hubiera estudiado, si mi familia hubiera estado bien desde el principio. Es que nosotros fuimos discriminados por la propia familia de mi papá. Todos los hermanos de mi papá son profesionales, pero él no pudo estudiar. Mis primos son abogados. Uno de ellos hasta fue gobernador de Amazonas (Olbar Andrade, 2009-2011).

—¿A qué aspira en la política?

—Le cuento: el gobernador actual me ha mandado decir con otras personas que me postule para ser diputada. Entonces le preguntó a Dios: ¿Será que lo hago? ¿Será que puedo?

—¿Alberga odio contra alguien?

—Anteriormente yo sí sentía mucho odio. Pero ahora que la vida me está ayudando a formar, entiendo que yo le sirvo de ejemplo a ellos (en referencia a las personas que le hicieron daño). Yo me reconstruí y entendí que puedo ser diferente a ellos y que puedo demostrarles que no soy la persona que ellos piensan.

—¿Qué les infunde a sus hijos?

—Ante todo la humildad, que no se dejen caer nunca y, lo más importante, que no olviden que Dios es el centro de todas las cosas.

—¿Cómo se ve en unos años, como gobernadora?

—¿Por qué no? Probablemente sí. Y también tengo que hacer otra cosa: vencer muchos miedos que todavía tengo.

En La Escombrera los forenses desentrañan verdades del conflicto



Ya son siete los cuerpos que el Grupo de Apoyo Técnico Forense (GATEF) de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP ha logrado recuperar en La Escombrera, en la Comuna 13 de Medellín.

El último hallazgo se produjo el 25 de septiembre pasado.

El cuerpo recuperado ese día fue entregado al Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses para iniciar el proceso de su identificación.

De los siete cuerpos de las víctimas de la violencia recuperados en este lugar, ya han sido identificados cuatro y sus familiares los recibieron en el proceso de entregas dignas que realiza la JEP.

Como su nombre lo indica, La Escombrera es un lugar donde fueron arrojados desechos de construcción, tierra y desperdicios, entre otros, provenientes de diferentes puntos de Medellín que, con el paso del tiempo, formaron una montaña artificial.

No obstante, el lugar también fue testigo mudo de los horrores del conflicto armado y allí fueron a parar los cuerpos de los desaparecidos de la violencia que azotó a la Comuna 13 de la capital de Antioquia.

El trabajo con enfoque en La Escombrera comenzó en octubre de 2019 y los trabajos de campos se iniciaron en julio de 2024. Desde entonces, un grupo interdisciplinario de expertos del GATEF de la UIA ha escarbado en el lugar en la búsqueda de respuestas para los familiares de los desaparecidos.

El trabajo ha implicado la remoción de más de 56 mil metros cúbicos de tierra.

Precisamente, para conocer de primera mano cómo se realiza esa labor, en julio pasado el Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la UIA acompañó en una de sus jornadas de trabajo a los curtidos forenses dedicados a la titánica búsqueda de cuerpos en La Escombrera.

Casualmente, ese día se halló la sexta víctima.

El sol brillaba con intensidad a mediados de julio en la Ciudad de la Eterna Primavera. Había un ambiente extraño (y positivo) de que horas más tarde para alguna familia de Colombia la incertidumbre de saber en dónde estaba su ser querido iba a terminar.

La historia de ese día inició en el centro de Medellín, donde una comitiva de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP (procedente desde Bogotá) iba a apoyar las labores que el Grupo de Apoyo Técnico Forense (GATEF) estaba desarrollando en La Escombrera, lugar en donde se construye memoria colectiva y en el que los familiares de las víctimas de desaparición forzada en el marco del conflicto armado buscan la verdad y aguardan pacientemente que la tierra les dé la razón sobre que ese lugar es una fosa común a cielo abierto.

El desplazamiento, que tomó alrededor de 45 minutos, hasta llegar a la zona ubicada en la Comuna 13, tiene una mezcla singular entre lo natural (por sus grandes parques, árboles, zonas verdes) y una metrópoli en la que resalta la innovación, el turismo y la cultura.

Sin embargo, el panorama cambia de golpe cuando a lo lejos se ve un

alargado muro (expuesto al aire libre) en el que se distinguen extensas líneas de fotos. Un desprevenido pensaría que son fotos puestas allí al azar, pero, teniendo un poco de contexto, se sabe que son retratos de hombres y mujeres que están desaparecidos desde hace décadas y que sus familias día a día no pierden la esperanza de reencontrarse con ellos para terminar un ciclo de búsqueda y de dolor.

Es un espacio para contribuir a la memoria histórica del país, para honrar la dignidad y resistencia de las víctimas y un recordatorio para que los escenarios de violencia no se repitan nunca más.

En el recorrido, hasta llegar al punto de interés, el paisaje se va transformando y poco a poco esa montaña imponente, en la que se han depositado toneladas de escombros durante más de 20 años, abre sus puertas para que se cuente la historia sobre lo acontecido el día anterior: el hallazgo de estructuras óseas que corresponderían, al menos, a una víctima de desaparición forzada. Lo que no se esperaban las y los funcionarios que viajaron desde la capital del país, es que ese mismo día iban a ser partícipes de un nuevo hallazgo.



Al llegar a La Escombrera, Carlos Bacigalupo, antropólogo de la UIA, sostenía una charla con las familias buscadoras. Él les explicaba los detalles de la recuperación del cuerpo del día anterior porque, si algo se debe resaltar de este proceso, es que se ha garantizado el derecho a la participación de las personas que buscan y de las organizaciones acompañantes en cada una de las fases, mediante un diálogo constante y claro sobre cada suceso que pasa allí.

Una vez las preguntas fueron resueltas, las mujeres buscadoras se retiraron del área y caminaron hacia un espacio, en la parte alta de la montaña, desde donde monitorean cada avance del equipo forense en la cantera.

La comitiva llegada desde Bogotá también sostuvo una charla (en un sitio arriba de la montaña cerca al lugar de la intervención) con el experto antropólogo, quien explicó que el hallazgo se había realizado en el sector 26 del polígono, además de detallar que desde julio de 2024 hasta julio de 2025 se hicieron excavaciones a gran escala en las que se removieron más de 43.000 metros cúbicos de escombros y se intervino (aproximadamente) un área de 2.500 metros cuadrados.

Mientras la conversación se desarrollaba, las máquinas (en la parte profunda de La Escombrera) seguían con su labor, realizando una excavación horizontal en la que el cucharón de la excavadora se mueve

como cuando un gato está moviendo la arena con sus patas.

Todo seguía su curso normal, hasta que de pronto el sonido de la máquina paró. Entonces una persona subió corriendo hasta el lugar en el que se encontraba Bacigalupo y lo llamó con sorpresa, diciendo en voz baja *“encontramos algo”*.

Inmediatamente todos, bajo una extraña calma, se dirigieron al lugar que, por cierto, estaba a pocos metros del hallazgo del día anterior. Allí, las y los profesionales del GATEF analizaron lo encontrado (prendas de vestir y otras evidencias asociadas a la búsqueda) e hicieron un mapa mental de la posible posición de las estructuras óseas.

Las madres buscadoras, que estaban observando la situación desde lo alto de la montaña, empezaron a ondear pañuelos blancos y gritaron a una sola voz: *“Las cuchas tenían la razón, las cuchas tenían la razón”*.

A continuación, el equipo del GATEF acordonó la zona e inició el proceso de remover la tierra de forma manual para preservar el contexto y recuperar de forma segura las estructuras.

Con el paso de las horas y de un trabajo arduo, bajo el sol brillante de Medellín, la tierra empezó a develar lo que ellos habían proyectado en





ese mapa mental. La posición de cada estructura ósea se iba revelando frente a los ojos de las familias buscadoras, de las organizaciones y de las y los funcionarios de la JEP y de la UIA.

Entre las madres de los desaparecidos había expectativa, dudas, angustias. Se sentía en el ambiente la tensión propia del momento.

Para alivianar la carga, Bacigalupo —con tono respetuoso y neutral— iba explicando el procedimiento y también resolviendo las dudas que surgían con cada pincelada que ayudaba a limpiar las piezas y estructuras óseas que allí estaban. Estructuras que, valga la pena señalar, serían enviadas después al Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses para proceder con los respectivos análisis.

El proceso siguió su curso y con ello el sol que acompañó la diligencia forense durante todo el día se fue escondiendo para darle la bienvenida a la noche. Una noche en la que volvió a brillar la esperanza para alguna familia buscadora de reencontrarse con su ser querido. Tal vez no como hubiesen deseado, pero con la tranquilidad de saber la verdad y dar cierre a un ciclo de dolor y de incertidumbre.

Mientras tanto, el equipo de trabajo de la UIA de Bogotá, que tenía que

retornar a su punto de origen, siguió el mismo camino por el que llegó, pero ahora todo tenía un significado diferente: habían presenciado un momento único para el país, para las víctimas del conflicto armado y para la reconstrucción del tejido social.

Una vez más los funcionarios y funcionarias pasaron por el muro en el que está el homenaje a las víctimas de desaparición forzada y la sensación fue diferente a la que tuvieron en la mañana porque, después de lo vivido en ese día de julio, para las y los servidores que acompañaron la diligencia forense hubo certeza de que con el trabajo de cada uno de sus compañeros y compañeras cada día se acercan un poco más a materializar lo que tanto se ha anhelado por años: una paz estable y duradera en la que por medio de la justicia y la verdad van a cambiar la historia del país.

Hasta la fecha, en La Escombrera, se han hallado seis víctimas. Tres de ellas han sido identificadas y entregadas a sus seres queridos para darles digna sepultura.

Estos hallazgos hacen parte del Subcaso Antioquia, en el Caso 08 de la Jurisdicción Especial para la Paz, que investiga crímenes cometidos por la fuerza pública en alianza con grupos paramilitares durante el conflicto armado.

Yadirys Pérez y Ana María Montoya: el dúo dinámico de las víctimas del Urabá Antioqueño



Ana María Montoya (izquierda) y Yadirys Pérez, las dos activistas del Urabá Antioqueño, durante la entrevista con la Unidad de Investigación y Acusación en Turbo.



El sueño de Yadirys Pérez (derecha) es ser un ejemplo para sus tres hijas. “Nos han quitado tanto que hasta el miedo nos quitaron”, dijo. La acompaña Ana María Montoya, su amiga de todos los tiempos.

Ana María Montoya Cabadía es un año menor que Yadirys Pérez. Ella también nació en el Urabá Antioqueño, pero no en San Pedro, sino en el corregimiento El Totumo de la localidad de Necoclí, otro puerto antioqueño sobre el Caribe.

Montoya es la mayor de dos hermanos (su otro hermano tiene 28 años). Su madre, hace unos 25 años, trabaja en una empresa de chance (un juego de azar similar a la lotería). En tanto, su padre, José Miguel Montoya, es un reconocido líder social en el Urabá.

“Yo creo que de él aprendí a trabajar por la gente y a ayudar a las personas que lo necesitan y que no tienen la manera de hacerse escuchar”, le dijo Ana María Montoya a la oficina de prensa de la

Unidad de Investigación y Acusación en la misma entrevista en la que participó Yadirys Pérez.

Siendo muy pequeña aún, Ana María Montoya les dio la vuelta a todas las veredas de Necoclí con su padre, un luchador incansable de los derechos de los campesinos. Él —de acuerdo con el testimonio de su hija— es un convencido de que los campesinos deben ser mercedores de la tierra y no simples jornaleros.

De esas reuniones a las que acompañó a su papá, cuando aún era una chiquilla, nació en Ana María Montoya esa vocación de ayudar a los demás. *“Me parecen muy bacanas las personas que hacen por otras, las personas que gestionan”* por los menos favorecidos, recalcó.

Yadirys Pérez y Ana María Montoya se conocieron hace poco más de tres años. Si bien para esa época (mediados de 2022) la primera estaba metida de lleno en la defensa de los Derechos Humanos, la segunda se dedicaba más bien a las cosas de su casa.

Hay un hecho en la vida de Ana María Montoya que la cambió para siempre: su familia y decenas más fueron desalojadas de un terreno inmenso (Bellavista) donde vivían. Todo obedeció a una orden judicial que ella misma reconoce *“hay que respetar y acatar”*.

No obstante, fueron tiempos en que hubo dolor y desesperanza para muchas familias de El Totumo. Ana María Montoya recuerda que casi todos los grupos familiares, literalmente, quedaron en la calle. A raíz de ese lamentable hecho, el activismo de José Miguel Montoya creció y de paso lo despertó en su hija.

Fue para esa misma época en que Yadirys Pérez buscó a José Miguel Montoya para decirle en qué le podía ayudar en el tema del desalojo del lote Bellavista. En esa misma oportunidad, apenas cruzaron las primeras palabras, Yadirys Pérez y Ana María Montoya se convirtieron en ‘hermanas’.

“Eso fue amistad a primera vista”, dijeron al unísono, con alegría y satisfacción por tantos momentos de luchas. Desde entonces son una especie de dúo dinámico. Donde aparece Yadirys, detrás está Ana María. Y viceversa.

Y algo importante: las dos entendieron que el activismo no es solo de ganas y empuje y que el estudio es tan o más importante que las mencionadas cualidades.

Por eso se matricularon en la facultad de administración pública

territorial de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). Están a punto de terminar el séptimo semestre. Las dos se han dado cuenta de que cuando van a tocar puertas en las entidades públicas, *“nos atienden mejor porque los funcionarios seguramente entienden que están hablando con mujeres preparadas”*.

—¿Cómo se ven a futuro?

—(Yadirys Pérez) Yo quiero seguir creciendo como persona y aportándole a la comunidad. Quiero ser ejemplo para mis hijas. A pesar de que nos han quitado tanto que hasta el miedo nos quitaron, yo aspiro a seguir trabajando con toda la pasión del mundo.

—(Ana María Montoya) Yo quiero seguir siendo la líder social que cree en la transformación positiva del territorio y de su gente. Aunque nos falta muchísimo, siempre vamos a tener la disposición y la voluntad para aprender y de esa forma poder ayudar a nuestras comunidades.

—Cualquiera da por descontado que ustedes son pro paz...

—(Yadirys Pérez) Claro. De hecho, desde mi organización de víctimas, expedimos un comunicado en el que le pedimos al presidente (Gustavo Petro) que nos haga partícipes de los diálogos (de paz) porque nosotros en los territorios somos los que vivimos la violencia. Además, nosotros somos los que hemos puesto las víctimas.

—(Ana María Montoya) Yo también soy pro paz y estamos de acuerdo con las políticas públicas que ha venido implementando el presidente (Petro). De hecho, en la asociación de mi papá nos hemos beneficiado con esas políticas porque, por ejemplo, estamos trabajando con la Agencia Nacional de Tierras.



Yadirys Pérez y Ana María Montoya fueron de las participantes más activas en el Encuentro de Participación Social con víctimas del Urabá Antioqueño.

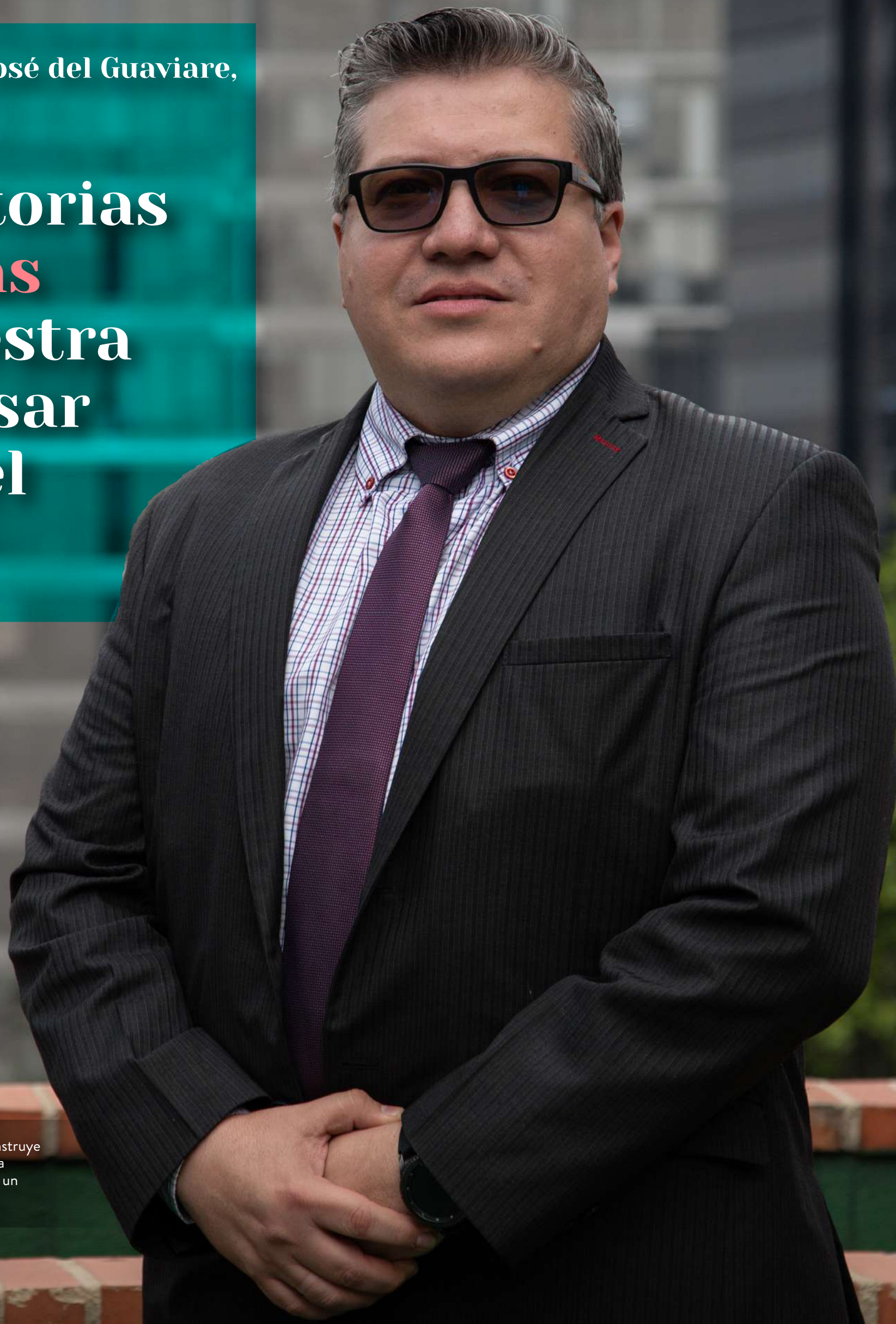
El activismo de Yadirys Pérez está totalmente relacionado con un hecho trágico que le sucedió cuando tenía 11 años: desconocidos incendiaron su casa en San Pedro de Urabá.



Fiscal territorial (e) de San José del Guaviare,
Cristiam Isnardo Alfonso

6 Todas las historias
de las **víctimas**
impactan nuestra
forma de pensar
diaria sobre el
conflicto 99

Cristiam Alfonso es un convencido de que la paz se construye desde la reconstrucción del tejido social. Por eso trabaja incansablemente en el Guaviare, acercando la justicia a un territorio fuertemente golpeado por el conflicto.



¿Cuáles son sus orígenes? ¿Dónde nació y creció?

Nací y crecí en las tierras “*bravas (por la valentía, firmeza y resistencia de su gente)*” de Santander, en mi Bucaramanga querida. Soy hijo de nonos (abuelos) y padres campesinos de la tierra de los temblores (la Mesa de los Santos), quienes con arrojo y empuje lograron sacar a la familia adelante.

Soy el segundo de tres hermanos, todos hombres, dentro de un patriarcado, porque en mi familia son pocas las mujeres. Crecimos con la suerte y el cariño de tener dos papás, mi nono y mi padre, y dos mamás, mi madre y mi tía. Todos vivimos en una misma casa fortalecida a diario por la unión, el amor y valores morales en el marco del respeto y el temor de Dios.

¿Cómo fue su entorno familiar?

Mi papá y mi mamá, a su modo cada uno, dieron todo para ver que sus hijos tuvieran estudio. Mi hermano mayor es médico y mi hermano menor es ingeniero industrial. Somos personas sencillas, sin ínfulas de grandeza, sin máscaras. Fui el primer abogado en la familia, un motivo de orgullo para mí y para ellos.

¿Qué lo llevó a estudiar derecho y especializarse en el campo de la justicia?

Estudí derecho básicamente porque quería conocer a profundidad la forma como el conocimiento bien aplicado ayuda a las personas a salir de sus problemas.

La vocación de servir siempre ha estado presente en mi vida. Prestar un buen servicio es indispensable para que las cosas salgan como deben ser y es innegable que quien conoce sus derechos puede tener bases para reclamarlos.

Antes de llegar a la Justicia Transicional, ¿a qué se dedicaba?

Antes de llegar a la Justicia Transicional tuve experiencias laborales relacionadas con la ayuda a las personas menos favorecidas y con las víctimas de todo tipo de violencia.

En Bucaramanga laboré en un hospital psiquiátrico, donde conocí a un grupo

de personas profesionales (médicos, psicólogos, psiquiatras, ingenieros, abogados, enfermeros, químicos farmacéuticos) y compañeros de trabajo (administrativos, servicios generales, vigilantes, conductores) que día a día velaban por mejorar las condiciones de vida de los pacientes.

Esa experiencia me permitió humanizar aún más mi pensamiento y sentir la necesidad de ayudar a las personas a superar sus problemas y a orientarlas en ese propósito.

Luego, en la academia, tuve la fortuna y la confianza de laborar con un abogado penalista y con una abogada constitucionalista, quienes fortalecieron mi pensamiento de servicio a la comunidad, siempre con pertenencia, honestidad y, sobre todo, a ser una persona sencilla y responsable.

¿Cómo llegó a la Justicia Transicional?

Como consecuencia de todo lo que viví en mis experiencias laborales anteriores, entendí que la única forma de encontrar la paz y la reconciliación es reconstruyendo el tejido social.

¿Y eso cómo se hace?

Invitando a las personas que tengan diferencias a recurrir a la vía del diálogo y, con ello, a reconocer errores y a pedir perdón de manera sincera.

Los caminos, indudablemente, se abren en los momentos justos y, cuando uno menos lo está buscando, responden a un despertar espiritual. Es importante trabajar para las víctimas, tener interacción con ellas y brindarles la confianza de que siempre hay segundas oportunidades para mejorar.

¿Qué pasó con su familia cuando les dijo que su trabajo lo llevaría al Guaviare? ¿Cómo reaccionaron? ¿Qué le dijeron?

Inicialmente hubo lágrimas de alegría. Me abrazaron y me dijeron que estaba realizando mi sueño de aportar lo mejor de mí para alcanzar la paz, que mis logros como profesional eran sus logros y que mi triunfo era su triunfo. Me expresaron su orgullo. ¡Uf! ¡Es lo mejor que me han dicho en la vida!



En el Guaviare, Cristiam Alfonso ha descubierto paisajes que lo enamoran y una comunidad cálida que lo ha recibido con respeto y afecto. Su labor se extiende por el departamento con compromiso por la región.



El trabajo con las víctimas ha sido el motor de su labor. Cristiam Alfonso ha trabajado por las víctimas de San José del Guaviare, El Retorno, Calamar y Miraflores, escuchando, orientando y acompañando a quienes buscan verdad, justicia y reparación.

Para alguien de afuera, la percepción de regiones como el Guaviare puede estar marcada por los estigmas del conflicto. ¿Tuvo usted los mismos temores?

Indudablemente el estigma que se tiene en otras partes del país es fuerte. Uno llega al territorio con desconfianza, porque no conocía a nadie y, viceversa, nadie me conocía.

A pesar de esas circunstancias, llegué con la convicción de que es importante ser visible en el territorio. Eso ha ayudado a generar confianza en la población y a tener la posibilidad de darnos a conocer.

El relacionamiento ha sido clave para hacer un buen trabajo. Si te conocen, te abren las puertas; si te saludan en la calle, te tomas el tiempo de sonreír y escuchar al interlocutor; si las personas confían, pierden el miedo a hablar o a exponer sus dudas, visitan la sede territorial y manifiestan las situaciones que las hacen víctimas del conflicto armado.

¿Cuál ha sido el contraste más grande al ejercer su profesión en Guaviare y no en Bogotá?

El contraste más grande es encontrarse en un sitio que no tiene el estrés de la metrópoli. Ya no demoro casi dos horas en los trayectos hacia el sitio de trabajo. Cambió ver la gente correr de un lado a otro en Bogotá, a ver la tranquilidad con que las personas amanecen en esta parte del país. Cambió el ruido de los vehículos y la contaminación por el paisaje y el entorno de la llanura, llena de aire puro.

Inclusive existe un contraste entre la frialdad por seguridad que se debe tener en la capital con los desconocidos, con la familiaridad con la que en estos momentos nos atienden en los sitios en los que hacemos presencia.

¿Cómo describiría el día a día del fiscal de Justicia Transicional en el Guaviare?

Lo primero que se hace en las mañanas es darle gracias a Dios por las bendiciones recibidas. Luego escucho las noticias locales para tener un contexto actualizado del orden público en el territorio. Una vez en la oficina, verifico el estado de los pendientes por realizar durante la jornada, así como la concertación y solicitud de citas a las entidades locales como parte del proceso de relacionamiento institucional. Importante y prioritario es atender a las víctimas que a diario llegan a la sede territorial en busca de orientación. También se atiende a los comparecientes.

Además de la preparación legal, ¿qué otras habilidades ha fortalecido para hacer su trabajo en el Guaviare?

Lo primero es hacerles un reconocimiento a los demás funcionarios, con quienes realizamos un trabajo armónico, porque es fácil trabajar con personas que tengan la disposición, que entiendan la importancia de la labor encomendada

Tenemos claro que somos la institución que escucha a las víctimas y que trabaja por su bien. Todos los días se aprende algo y se fortalece la confianza y el trabajo en equipo, por el bienestar de las víctimas.

¿Cuáles son las demandas, los miedos y las esperanzas que encuentra en las víctimas del Guaviare?

Normalmente, las víctimas se acercan con temor a represalias por parte de los victimarios y nos agradecen por tener el espacio para escucharlas, para desahogarse. Ellas demandan conocer la verdad sobre los hechos victimizantes, demandan la necesidad de recuperar a sus seres queridos.

¿Tiene alguna anécdota de la labor en El Guaviare?

En una actividad se acercó una persona que manifestó ser víctima del conflicto armado y, después de un corto diálogo en privado, me hizo una pregunta mirándome fijamente: “¿Usted cree que es necesario que estén aquí?”. “¡Por supuesto!”, le respondí y le expliqué la misión de la UIA y de la JEP.



El grupo territorial del Guaviare recibió la visita del director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo, en la inauguración de la sede en San José. Un hito que reafirma el compromiso de la JEP con el Guaviare.

El trabajo de Cristiam Alfonso en el Guaviare ha sido constante y decidido. Su objetivo: dejar en alto el nombre de la Unidad de Investigación y Acusación y seguir construyendo caminos de reconciliación desde el territorio.



Durante su encargo como fiscal territorial en San José del Guaviare, Cristiam Alfonso ha tejido lazos de confianza y colaboración con entidades locales, municipales y departamentales, fortaleciendo el trabajo interinstitucional en favor de las víctimas.

No dejó de mirarme y me soltó la segunda pregunta: “¿Usted tiene escolta? ¿Quién lo cuida?”.

Me mantuve sereno y le dije: “Somos gente buena que viene a ayudar a las víctimas, que es nuestra razón de ser como entidad. Nos cuida el Ángel de la Guarda, que nos envía Dios para que no tropecemos con ninguna piedra”.

El personaje sonrió, se levantó, me dio la mano, me agradeció el tiempo y salió. No ha vuelto a la oficina ni lo he vuelto a ver.

¿Hay alguna historia en particular que lo haya impactado profundamente y que pueda compartir?

Todas las historias tienen un impacto. Por ejemplo, un compareciente se me acercó junto con su esposa y su hijo mayor de edad, pero pidió que solo él fuera atendido. Después de narrar los hechos por los que está vinculado como compareciente en la Jurisdicción (con crudeza, pensando que yo ya los conocía), hizo su petición y se le brindó la orientación. Una vez finalizó la reunión, su esposa e hijo se acercaron, lo besaron dulcemente, lo consintieron y lo abrazaron.

Él solo levantó su mirada y con lágrimas dijo: “Gracias doctor, gracias a la JEP puedo estar con mi familia. Ya no estoy en el monte, en el peligro, estoy con ellos todas las noches (...) Si no existieran, seguramente yo ya estaría muerto”.

¿Cuál considera que ha sido su aporte más significativo, por pequeño que sea, a una víctima o a una comunidad?

Mi aporte más significativo es la posibilidad de ofrecer el acercamiento del servidor público a la comunidad. Cualquier persona, sin importar la raza, su nivel social o su credo, puede hablar conmigo de cualquier tema, con tranquilidad. Los funcionarios no estamos en un pedestal. No somos más que los demás. No

levitamos. Somos personas que tenemos que prestar un servicio con respeto, con amabilidad y, sobre todo, en búsqueda de la paz.

¿Por qué es importante que profesionales se vinculen a la justicia en los territorios?

Algo que tengo guardado en el corazón es que todos los aportes, las intenciones y los pensamientos hay que ponerlos en marcha. Para alcanzar una meta se debe iniciar lo más rápido que se pueda y ser constantes.

Soy un romántico convencido de que las personas son buenas. Creo en el pensamiento de Rousseau (*el hombre por naturaleza es bueno*) y aunque en el camino haya personas que ya han sido corrompidas por la sociedad, no se puede dejar de creer en las ellas.

Si se cree en el cambio y cada uno pone de su parte, seguramente tendremos la satisfacción de restaurar la confianza en la justicia para las personas en el territorio.

Para finalizar, ¿qué mensaje les daría a los colombianos que, desde las ciudades, no dimensionan la realidad del conflicto y la importancia de la Justicia Transicional en territorios tan golpeados como este?

Que esta es una oportunidad para que creamos en las investigaciones que realiza la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP. Que confiemos en la administración de justicia para que podamos ser un referente testimonial de la reconciliación.

El Guaviare es un territorio hermoso, con paisajes inimaginables, con gente trabajadora y merece no ser olvidado ni por su historia ni por su actualidad. Debemos arropar el territorio, creer y trabajar para alcanzar una paz estable y duradera.



Imagen del cierre del Encuentro Territorial de Participación Social en Leticia, Amazonas. Todo terminó con sonrisas y caras de satisfacción.

Voces que tejen la verdad:

los Encuentros Territoriales de la UIA llegan a todos los rincones de Colombia

En un esfuerzo por acercar la justicia transicional a quienes la protagonizan, la Unidad de Investigación y Acusación (UIA) de la JEP ha implementado a lo largo de 2025 los “Encuentros Territoriales de Participación Social”, una estrategia que ha conectado directamente a la institución con más de 500 víctimas del conflicto armado en diversas regiones del país.

En el tercer trimestre del año, Florencia, Turbo, La Dorada y Leticia fueron testigos de estos espacios en los que la pedagogía, la escucha y la reparación simbólica se entrelazaron y tomaron una dimensión terapéutica.



RESISTENCIA PARA SALIR ADELANTE

impotencia
miseria

- Rabia
- Humillación
- Desconfianza

Futuro de familia

Andar con la vieja para pasar la vida

Sueños

PERDIDA
IMPOTENCIA
DESESPERACIÓN
MIEDO
AMOR PARA VIVIR

mis mamas lo acabo una granada para aqui estoy con vida grasias Dios

quiero ser feliz

quiero ser feliz

quiero ser feliz



Amazonas: el abrazo de la justicia en la selva

En Leticia, 30 víctimas de esa ciudad, de Puerto Nariño y de varios corregimientos de Amazonas participaron en una jornada en la que el director de la UIA, Giovanni Álvarez Santoyo, acompañó el espacio para explicar el origen y la composición de la JEP.

Las víctimas trabajaron durante dos días en ejercicios como “el árbol de la

restauración” y “reparar las cicatrices”, herramientas para resignificar el daño.

La frase de Julián Martínez, un araucano residente en Leticia, resumió el sentimiento: *“Por primera vez me he sentido abrazado por la justicia”*.

Por su parte, Edna Mayorga, enlace territorial, abordó los 11 macrocasos de la JEP y la crucial acreditación para que las víctimas sean intervinientes especiales.



Caldas: un grito morado contra la violencia

La Dorada, “Corazón de Colombia”, acogió a más de 50 víctimas de Caldas, Antioquia, Cundinamarca y Boyacá. El encuentro de participación social inició con la construcción de la ‘Mandala de la palabra viva’, un ritual de purificación.

Ludirlena Pérez, víctima de violencia sexual, explicó que la flor morada que la acompañaba representaba “un grito de rechazo a la violencia sistemática contra las mujeres”.

Una conmovedora galería de arte, titulada “Ni la tierra, ni las mujeres somos territorio de conquista”, expuso el dolor y las demandas de justicia a través de pinturas y cartas dirigidas a la UIA.





Fotografía del cierre del Encuentro Territorial de Participación Social en Turbo, Antioquia.



Antioquia: líderes sin miedo en el Urabá

Turbo reunió a más de medio centenar de líderes sociales. Yadirys Pérez, activista de San Pedro de Urabá, destacó los avances de la entidad: “La JEP ha avanzado mucho y queremos que nos vean como a sus aliados”.

Su testimonio, marcado por el incendio de su casa en 2005, refleja una resiliencia nacida del dolor: “Nos han quitado tantas cosas que hasta nos quitaron el miedo”.

A su turno, Ana María Montoya, de Necoclí, calificó el espacio como “gratificante”, y subrayó la importancia de la descentralización institucional.

Robeiro Martínez, de 71 años, cerró con una frase demoledora: “Soy un convencido de que, si no se busca la paz, no vamos a dejarles nada a nuestros hijos”.

Caquetá: identificando cicatrices para sanar

En Florencia, más de 40 víctimas de municipios como San José del Fragua, San Vicente del Caguán y Valparaíso se dieron cita.

A través de dinámicas de desarrollo personal, los participantes identificaron las huellas del conflicto para iniciar un proceso de resignificación.

Junto al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones y expertos de la UIA, las víctimas conocieron la oferta institucional, la estrategia de Provencción (protección y prevención), los alcances del Acuerdo Final, los derechos de las mujeres y el capítulo étnico.

Estos encuentros son un puente vital entre la justicia y los territorios, donde las víctimas pasan de ser espectadoras a actores centrales en la construcción de la verdad y en procura de un país que busca restaurar.





En el tercer trimestre del 2025

los grupos territoriales de la UIA continuaron

su trabajo en pro de la víctimas y la construcción de paz





Sincelejo

El grupo territorial en Sincelejo se desplazó a diferentes municipios del departamento (San Onofre, Tolú, Corozal, Chalán) para atender encuentros dirigidos a víctimas del conflicto armado y consejos territoriales.

De igual forma, gracias al eficiente relacionamiento en el territorio, participó en diferentes conmemoraciones como el Día de la Mujer Afrolatina, Afrocaribeña

y de la Diáspora; el Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas, y el Día Internacional de la Paz, espacios simbólicos que reafirman el compromiso que desde la UIA se tiene con la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición.

Adicionalmente, en articulación con la Registraduría Nacional del Estado Civil y la Agencia para la Reincorporación y la Normalización, realizó una jornada de identificación con firmantes de paz.

Cúcuta

El equipo territorial en Cúcuta, junto al Grupo de Protección a Víctimas, Testigos y Demás Intervinientes de la UIA, se desplazó a los municipios de Tibú y Ocaña, con el fin de realizar una jornada con el Pueblo Barí.



San José del Guaviare

Siguiendo con el relacionamiento en el territorio, Cristiam Isnardo Alfonso, fiscal (e) del grupo territorial de la UIA en Guaviare, se reunió con José Fredy Herrera, presidente del Concejo Municipal de San José del Guaviare; con Iris Parra y Deisi Melo, funcionarias de la Oficina Asesora de Gestión Territorial de la Jurisdicción Especial para la Paz; con Lorena Yasmin González Toro, coordinadora del programa “Seguridad, orden público y convivencia ciudadana”, y con Darwin Rolando Ramírez Florido, registrador del municipio.

También (el grupo territorial en esta zona del país) asistió a importantes socializaciones como la presentación del informe semestral de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia (MAPP-OEA) para Guaviare y el sur del Meta y a la Audiencia Pública de Rendición de Cuentas 2024 de la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN).

Adicionalmente, participó en jornadas de divulgación y acreditación con mujeres víctimas de violencia sexual y mujeres buscadoras en el departamento del Guaviare, así como en una feria de servicios dirigida a víctimas de desaparición forzada en San José del Guaviare.





Turbo

Con el objetivo de llegar a cada rincón del país, el grupo territorial de la UIA en Turbo, Antioquia, durante el tercer trimestre del 2025 estuvo de visita en los municipios antioqueños de San Pedro de Urabá y Dabeiba y en Riosucio, Chocó.

En los diferentes municipios se realizaron ferias de servicios con actividades dirigidas a las víctimas del conflicto armado, entre ellas, brindar información sobre las labores que desempeña la Jurisdicción Especial para la Paz en la región y atender solicitudes de las personas que participaron en las jornadas.





Bucaramanga

María del Pilar Gómez, fiscal que lidera las actividades del grupo territorial de la UIA en la capital de Santander, participó en la socialización del Plan Regional de Búsqueda del área Metropolitana de Bucaramanga, Vélez y las provincias Soto Norte, Guanentá, García Rovira, Yariguíes y Comunera, convocada por la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas del departamento.

Asimismo, acompañó las Jornadas Integrales de Atención a Víctimas del Conflicto, estrategia desarrollada por la Alcaldía de Cimitarra.

Finalmente, se reunió con el coronel Luis Jairo Fuentes, jefe de Estado Mayor de la Quinta Brigada del Ejército Nacional, con quien abordó el protocolo de inspecciones judiciales que adelanta la Unidad de Investigación y Acusación.





Villavicencio

El equipo territorial de la UIA en Villavicencio participó en la II Sesión Ordinaria de la Mesa Departamental de Trabajo para la Prevención, Asistencia y Atención a Víctimas de Desaparición Forzada del Meta.

Adicionalmente, acompañó la jornada de divulgación y solicitudes de

acreditación del caso 11 en Inírida, Guainía y adelantó la exhumación del cuerpo de Ledis Viviana Gómez Moreno en el Parque Cementerio “Jardines de la Esperanza”, ubicado en la vía Villavicencio-Restrepo.

La labor del grupo territorial en el Meta refleja el compromiso de la JEP con la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas del conflicto armado, desde un enfoque humano, restaurativo y respetuoso en el territorio, reconociendo a las víctimas como actores fundamentales en la construcción de paz.



Pasto

El grupo territorial en Pasto, que hasta la fecha atendía Cauca, Nariño, Valle del Cauca, participó en Sesión Extraordinaria de la Submesa de Seguridad Física y Jurídica del Departamento del Valle del Cauca.

Pablo Emilio González, fiscal territorial, participó en ese encuentro en el que se

abordó la situación de seguridad y la protección de los firmantes del Acuerdo de Paz.

Sumado a lo anterior, participó en una diligencia de notificación con pertinencia étnica convocada por Xiomara Balanta Moreno, magistrada de la Sala de Reconocimiento de Verdad, de Responsabilidad y de Determinación de los Hechos y Conductas de la JEP.



Neiva



Rosabel Flórez Alarcón, fiscal territorial en Neiva, se reunió con Jorge Antonio Vásquez Subiroz, procurador regional del departamento.

Asimismo, participó en una jornada de acreditación para militares y sus familias, víctimas del conflicto armado interno, para dar información sobre la misionalidad de la JEP con el fin de garantizar el acceso a la verdad, la justicia y la reparación.



Quibdó

Con el slogan 'Arropamos la vida con dignidad y esperanza' se desarrolló la Semana por la Paz en Quibdó, Chocó.

El equipo de la Jurisdicción Especial para la Paz, en la región del Pacifico, tuvo una participación significativa en la estrategia de la Semana por la Paz, que constituyó un abrazo colectivo para dignificar la vida y crear conciencia de que la construcción de la paz nace desde lo cotidiano.



En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación*

Revista Virtual